

La Ilustración Artística

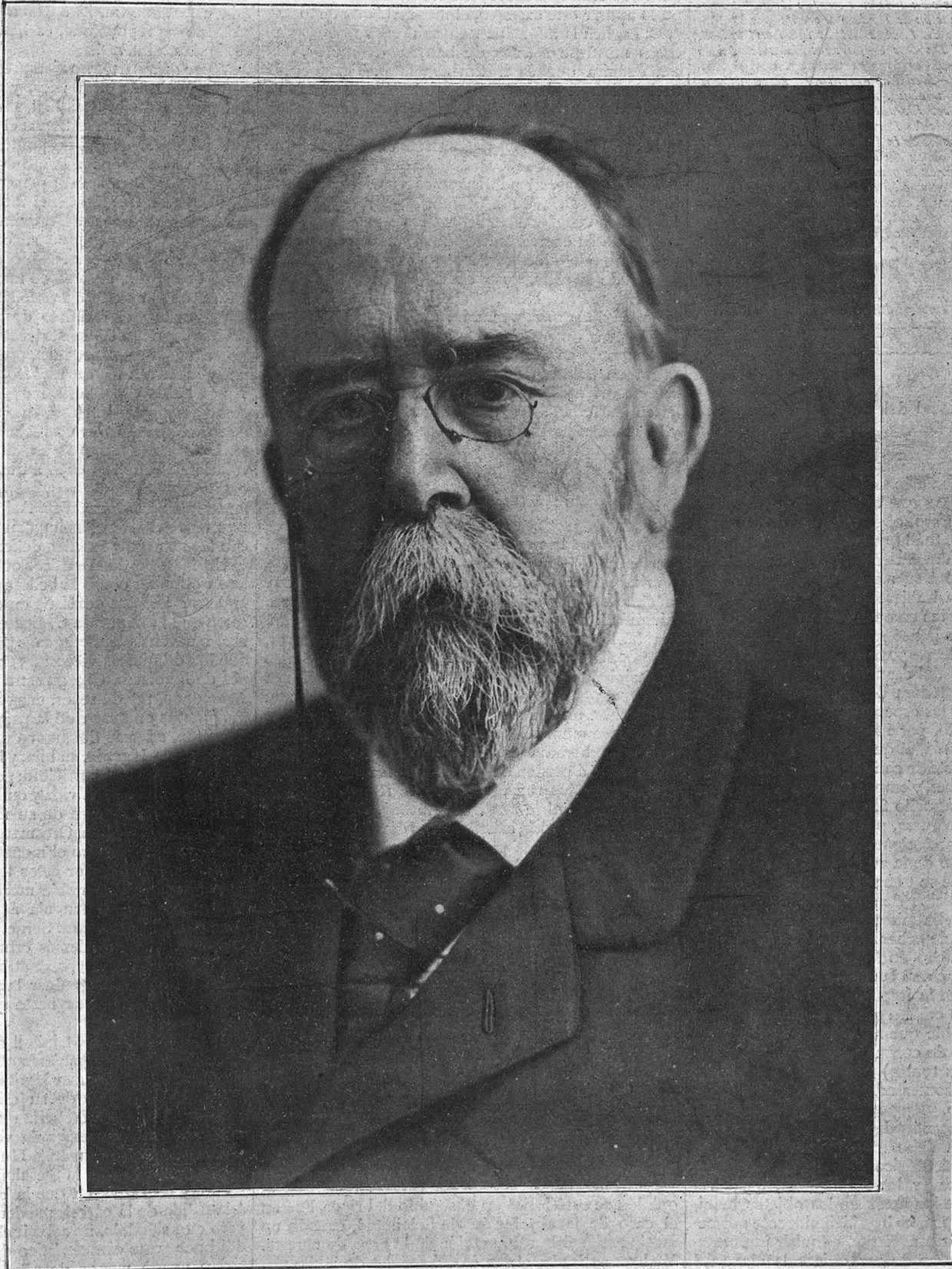


AÑO XXVIII

BARCELONA 22 DE NOVIEMBRE DE 1909

NÚM. 1.456

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA AL POETA LLORENTE



D. TEODORO LLORENTE,

el inspirado vate valenciano solemnemente coronado en Valencia el día 14 de los corrientes

(De fotografía de F. Moya.)

ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros subscriptores que hemos adquirido el derecho de publicación de la preciosa novela de Gastón Leroux

EL FANTASMA DE LA ÓPERA

Gastón Leroux es quizás el autor que con más éxito cultiva en Francia el género de novela policíaca, hoy tan en voga en todo el mundo, y sus obras se distinguen, aparte del interés extraordinario que despiertan sus argumentos y que incesantemente mantiene el modo como la acción se desarrolla, por la originalidad, no sólo de los asuntos, sino también de los procedimientos. Entre todas sus novelas sobresale sin duda EL FANTASMA DE LA ÓPERA, actualmente en curso de publicación en París y cuyas primicias en España tendrán los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, en donde empezará á publicarse á partir del primer número de la serie de 1910.

EL FANTASMA DE LA ÓPERA irá ilustrado con preciosos dibujos del celebrado dibujante Sr. Mas y Fondevila.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Para qué sirve un paraguas*, por el conde de Cassaret. — *Buenos Aires. Exposición Internacional de Arte.* — *Homenaje á un poeta. Coronación de Teodoro Llorente*, por B. Morales San Martín. — *París. La señora de St. Inheilen libertad.* — *Un negro blanco del Dahome.* — *Gerona. Monumento á los héroes de 1808-1809.* — *El archivo de Guibray*, novela ilustrada (continuación). — *Medallas argentinas. Medalla francesa de Mar. ne os.* — *Barcelona. Fiesta náutica.*
Grabados.— *D. Teo. oro Llorente.* — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el artículo *Para qué sirve un paraguas.* — *Buenos Aires. Tres vistas de la Exposición Internacional de Arte para 1910.* — *El chiquitín de la casa*, cuadro de León Lhermitte. — *El Juicio de la gran Exposición Internacional de Berlín de 1909.* — *Coronación de Teodoro Llorente (en Valencia).* — *Momento supremo*, cuadro de G. Orchardson. — *Hombres del porvenir*, cuadro de M. Peña. — *E. Barrialón (Santander)*, pastel de Mariano Pedrero. — *París. La huida de la Sra. de Steinheil después de la absolución. Un negro blanco del interior del Daomey.* — *Monumento á los héroes de los siglos de 1808-1809 y lápidas de dichas á los mismos.* — *Medallas argentinas.* — *Medalla francesa en conmemoración de la campaña de Marruecos.* — *Fiesta náutica or anizada en Barcelona.* — *Viena. Monumento á Mauricio de Schwind*, obra de Othmar Schinckewitz.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El crimen sensacional del callejón de Ronsín se juzga en París estos días, y sólo aparece en escena un acusado: la viuda.

Según parece desprenderse de las actuaciones, una mujer, con sus manecitas sin duda primorosamente lavadas, de uñas que brillaban al *polissoir* y dedos en forma de huso, engalanados por joyas de montura modernista, fué la que, de una vez, con seguridad que no siempre tienen los homicidas de profesión, estranguló á su marido y á su madre, se ató simulando que la hubiesen sorprendido durante el sueño, y en fin se las compuso de manera que, al pronto, la justicia no pensó en detenerla, en indagar si podía ó no haberle responsabilidad, á ella, única é ileso superviviente del drama, persona de equívocas costumbres, tendedora de redes á incautos, cazadora de dinero en las espesuras de la manigua parisiense. Sólo cuando, por imprudencias increíbles, se denunció á sí propia, al querer denunciar á otros, entre un lío formidable de contradicciones, bajáronse de la higuera los jueces, y empezaron á suponer quién sabe, tal vez, acaso aquello fuese una pista.

Digo esto de la higuera, porque sería peor creer que las influencias y relaciones de la «viuda trágica» la pusieran á cubierto de la acción de la justicia, necesitándose, para que se tomase la resolución de detenerla, que los indicios de su culpabilidad fuesen proporcionados por ella misma, aunque involuntariamente y con objeto de echar el muerto á otros.

Se ha gritado mucho en Madrid porque ciertos crímenes horrendos, como la degollación de Vicenta Verdier, quedaron en la impunidad y en la sombra.

Realmente, en un crimen que se descubrió tan en fresco, es inconcebible que algo no se pudiese rastrear. Pero sírvanos de consuelo (aunque sea el clásico consuelo de los tontos) que en todo un París, la tierra de los polizontes artistas, haya pasado dos cuartos de lo mismo.

Los primeros instantes de cometerse un crimen son preciosos. Nada debe en ellos desperdiciarse. Desde el estudio psicológico de las emociones, reveladas por las voces y los semblantes, hasta las huellas más leves de los actos en los objetos inanimados y en los cuerpos, no hay insignificante pormenor que no pueda, más adelante, adquirir importancia capital, ser un rayo de luz, quizás la clave del problema. Una indagatoria bien llevada desde un principio, rara vez deja de producir resultados. Todos hemos comprobado esta verdad, en pequeñas indagatorias domésticas sobre hurtos ó filtraciones. Aunque se crea lo contrario, es á veces más difícil

averiguar quién nos roba el azúcar ó quién nos agua la leche, que quién ha degollado á una mujer. Porque las precipitaciones del crimen, los accidentes imprevistos de la acción violenta, la necesidad misma de borrar rastros, la imposibilidad de preverlo todo en supremos instantes, hacen que quede siempre mucho que ejercite la sagacidad del juez instructor. En el caso Steinheil, si hubiesen procedido inmediatamente á prender á la viuda, había un camino que seguir: el de los narcóticos.

La Steinheil, según indicios, sirvió á su madre y á su marido, la noche del crimen, una bebida soporífera. Y la posibilidad del hecho, realizado por una persona sola y débil—aunque la Steinheil está en la edad del vigor femenino, los cuarenta,—reside en esa poción calmante, cuyos residuos pudieron hallarse, si no en las tazas ó vasos donde fué servida, en las vísceras de los muertos.

Desde tiempo atrás, según ahora aparece, la Steinheil acostumbraba «drogear» á su marido con adormideras y opio, en dosis altas, ensayando quizás el veneno, que le resultaba lento é ineficaz. Ella no niega que administraba brebajes al pintor, pero asegura que eran reconstituyentes. A raíz del crimen, se pudo apurar este extremo, el más revelador de todos, pues explica la anomalía de que ninguna de las víctimas mostrase señales de haberse defendido, con esa defensa que es instintiva y fatal. Tampoco la Steinheil mostraba en su cuerpo huella de violencia, sino una mancha de tinta en el muslo, correspondiente á la tinta derramada en el gabinete, sin duda al hacer los últimos preparativos de la ficción de *cambríolage*.

Supongo que, al publicarse estas páginas, estará juzgada la causa de la Steinheil. El Jurado, según Lombroso «resto de la antigua barbarie», habrá decidido de su suerte. Entre este Jurado y los magistrados no tengo lectores. Ni sabrán español, ni cosa alguna de España, caso común á todo francés. Si viesen estos renglones, los supondrían escritos con la punta de la navaja que, invariablemente, llevamos en la liga las españolas. De suerte que bien puedo, sin cargo de conciencia, pues nada he de influir en pro ni en contra, declarar que al leer el relato del crimen del callejón de Ronsín, me admiró que tragasen la burda fábula de los tres hombres de levitón y la moza roja, tan implacables con el pintor y su suegra y tan cariñosos y deferentes con madama Steinheil, que hasta le daban broma llamándola «chiquilla.»

La criminalidad, en Francia, reviste proporciones aterradoras. Justifica el dicho de Garofalo, que cree insignificante la represión y defensa social, ante el incremento de la delincuencia en todas sus formas y el criminal emboscado en acecho. No obstante, hay un síntoma peor aún que el del aumento de la criminalidad: un síntoma que revela una sociedad cancerada. Los criminales, en vez de inspirar horror, son populares. Cuando una mujer hace lo que hizo la Steinheil, llueven en su encierro declaraciones amorosas y galantes ofertas. Los periódicos lo dicen: la Steinheil inspira simpatías, atrae los corazones.

No hace mucho leí una novela francesa reciente, en que la heroína es una muchacha encantadora, enamorada á perder de un *apache*. En esto han venido á parar los romanticismos de 1830, el tipo seductor del hombre fatal, del Antony, del Corsario, generosos, gallardos, caballerescos dentro de su ideal de rebeldía. La niña parisiense, flor de civilización, se siente arrastrada hacia el *apache*, justamente porque lo es. No puedo menos de pensar en las decadencias romanas, y acordarme del magno Juvenal, de sus palabras de fuego, al describir la aberración de la delicada dama, Hipia, esposa de un senador, que huye con un gladiador del circo, feo, sucio, viejo y manco. ¡Pero es un gladiador! Lo cual, dice el satírico, le convierte en un Adonis... Hoy, en Francia, el gusto perverso es el *apache*, el destripador, la parricida, y las tarjetas postales más interesantes son las que firma, no la viuda de Curie, sabia y buena, sino la de Steinheil...

No tiene trascendencia que se cometan crímenes, los más espantosos: lo malo es que la sociedad los mire, no ya con indiferencia, sino con monstruoso entusiasmo. Verdad es—y me parece justo decirlo, aunque me ponga en contradicción conmigo misma—que en otros crímenes parisienses, recientes, la opinión se exteriorizó en el sentido del rigor. Fué en el caso de la absolución de Soleilland, cuando un motín reclamó la restauración de la pena de muerte. Y al ser aplicada, el gentío dió señales de júbilo violento, bailó, cantó, aplaudió al verdugo. Ni tanto ni tan poco, ó mejor dicho, ni esto ni aquello debiera suceder en un pueblo sano, donde la justicia es fuerte y grave, la policía seria y sagaz, y las ideas éticas están en vigor, difundidas lo suficiente para guiar el

criterio social. ¿Será que tales ideas sufren la crisis honda, lamentable, que muchos moralistas señalan?

¿Qué origen tiene esta crisis? ¿Por qué Alemania parece más robusta y más cuerda que la gran nación latina? ¿Es que fracasaron los ideales de 1793 y la libertad es desintegración, la fraternidad división profunda, irreductible, y la igualdad el más infecundo de los principios, puesto que no alcanza á conseguir que, cuando una viuda guapa y bien relacionada puede ser autora de un crimen espeluznante, sea detenida, al menos mientras no demuestre su inculpabilidad?

En el crimen de la Steinheil hay sin duda puntos oscuros; á la hora en que esto escribo, ignoro si los esclarecerán los debates. Hay quien no encuentra los móviles. Yo creo verlos, muy de bulto. Steinheil era un mediano pintor, un tiempo sostenido á flote por intrigas de su esposa, que obtenía para él lucrativos encargos; pero ya decadente, emperezado, agotado, y cuya existencia estorbaba para un segundo matrimonio con un hombre de posición sólida ó brillante. La madre, á su vez, tenía una fortuna, pero iba gastándola, y al matarla, la Steinheil salvaba su herencia. Por eso fué llamada y atraída con empeño á la casa siniestra, la anciana señora, la noche de «autos.» Es repugnante, es horrible el cálculo, pero se funda en interés.

Y por otra parte, no siempre la lógica preside á la conducta de los criminales, y menos de criminales del género de la Steinheil, en quienes domina el amor propio y hace estragos el histerismo. La Brinvilliers, mujer que tiene puntos de contacto con la Steinheil, envenenó á gente cuya muerte podía reportarla alguna utilidad; pero también á mucha sin más objeto que satisfacer la inclinación perversa. En la mayoría de los casos, admira lo inútil y caprichoso de los crímenes que se cometen. Recuerdo el «affaire Lemaitre», el asesino de quince años, que lleno de orgullo, ansioso de notoriedad, desventregó á un niño por gusto de verle sufrir; un niño á quien no conocía; y el «affaire» de aquel Morisset, vanidoso y enemigo de la sociedad, que por no permanecer en obscura medianía, prefiere hasta la guillotina, y mata á tiros de revólver á un señor á quien nunca había visto. Sería muy fácil aumentar la lista con otros nombres. Casi debiera sentar como axioma que no hay crímenes provechosos á quien los comete. Leyendo el relato de muchos, resalta esta particularidad. Y las personas á quienes el crimen es incomprensible ó causa repulsión, prefieren creer en la inocencia de los acusados. Así, la Steinheil tiene calurosos defensores. ¡Es imposible! ¡Matar á su madre, con las manitas de dedos delicados!

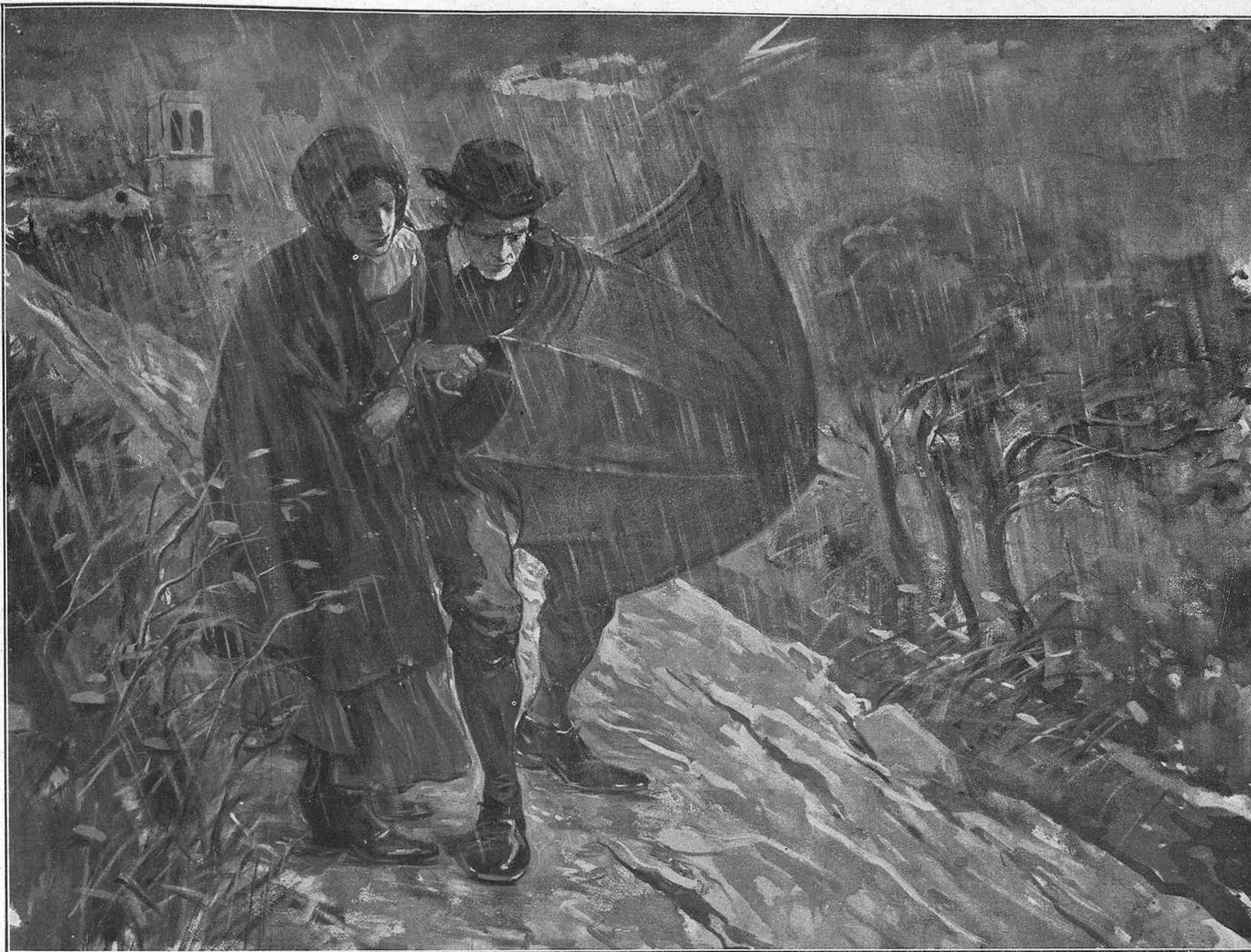
Un maestro de la crítica, que no era español, me hacía observar cómo la belleza de la tragedia griega, inglesa y francesa consistía en que, no pudiendo negarse que la literatura trágica es una serie de crímenes, mueven á estos crímenes pasiones tan naturales, que los criminales vienen á ser, en cierto modo, tipos de heroísmo. Clitemnestra asesina en su lecho á Agamenón, rey de reyes, cuando éste regresa de largas guerras en busca de la paz de su hogar; pero la impulsan, además del amor de Egisto, el rencor del sacrificio de Ifigenia, su hija, y los celos de Casandra. Orestes comete el parricidio; pero es que quiere vengar á su padre, en la vida y en la honra. Fedra acusa á Hipólito y es causa de su muerte; pero la insensata pasión la excusa. Orosman rasga con el cuchillo el seno de Zaira; pero el monstruo de los celos guía su mano. Rojana, por celos también, hace morir á Bayaceto. Otelo, el noble moro, incapaz de una acción mezquina, estrangula á Desdémona, porque duda de ella y la adora. Son crímenes que caben en almas elevadas, y además crímenes con móvil profundo, crímenes lógicos, dentro de los furios pasionales. Si queremos graduar la piedad que un criminal merece, pensemos hasta qué punto podría ser héroe de tragedia...

Y seguramente la Steinheil no se cuenta en el número de esas líricas mujeres que han inspirado á los poetas y hecho derramar lágrimas á las personas sensibles. Ni el motivo de su crimen se impone á la conciencia, ni la superchería que lo disfraza se parece á la generosa y desesperada veracidad de un Otelo gritando: «¡Sí, yo la maté!» He aquí por qué las simpatías que rodean á la Steinheil indican perversión social, y las cartas en que la brindan el matrimonio á la salida de la cárcel, pueden pasar si son broma; pero aun siéndolo, no cabe incluirlas entre los rasgos del buen gusto característico de Francia...

No puedo menos de añadir que, así y todo, la Steinheil no debe ir á la guillotina. Mientras la mujer no disfrute de la plenitud de los derechos civiles, no deben aplicársele las últimas sanciones penales.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

PARA QUÉ SIRVE UN PARAGUAS, CUENTO DEL CONDE DE CASSARET (1)



Juan intentó hacerlo tirando primero de las ballenas de la derecha...

Las dos granjas estaban contiguas; el dueño del Faouet se llamaba Guillermo Plabenec y tenía una hija, Iveta; la de Huelgoat pertenecía á la viuda Carhaix, que sólo tenía un hijo, Juan.

Las dos fincas, miradas aisladamente eran poco importantes, pero unidas habrían constituido una propiedad de cierta consideración.

Guillermo Plabenec acariciaba, desde hacía tiempo, el proyecto de casar á Iveta con Juan y de juntar los dos patrimonios, y lo mismo deseaba ardientemente la viuda Carhaix. Pero, lo que son las cosas... Iveta, niña mimada de su padre, no hacía más que su santa voluntad; coqueta y un si es no es orgullosa, se las daba de señorita y miraba con ojos desdeñosos á aquel muchachote de Juan, de aspecto rústico y á quien parecían estorbar dos largos brazos y sus piernas no menos largas. Extremadamente tímido, torpe en sus ademanes y de genio corto, Juan se prestaba á la burla.

No se crea, sin embargo, que el chico Carhaix fuese feo; su alta estatura, sus ojos azules y soñados, y sus rubios cabellos quizás habrían llamado la atención de un artista deseoso de pintar la cabeza de un celta; pero entre las gentes con quienes convivía Juan, estas cualidades no eran poco ni mucho apreciadas. La hija de Guillermo, especialmente, hacía muy poco caso de ellas; no obstante, en el fondo Juan no le disgustaba, pero hubiese querido que él se insinuase, que le dijese algunas galanterías. ¡Qué más hubiera querido el muchacho! Iveta con sus hermosos ojos negros, su talle esbelto y su cutis radiante de blancura parecía encantadora; mas cuando se encontraba cerca de ella, una timidez invencible le paralizaba totalmente.

¿Qué hacer? Los años pasaban, envejecían los pa-

dres y las cosas permanecían siempre en el mismo estado.

Un día el viejo Plabenec cayó gravemente enfermo; el mal empeoró, y el médico á quien fueron á buscar dijo que Guillermo no tenía cura. El buen hombre, antes de morir, confió á su hija toda la tristeza que sentía por tener que dejarla sola en el mundo.

—¡Qué le vamos á hacer, padre! Juan es un simpleton que nunca pedirá mi mano.

—Pero ¿tú le detestas?

—No, padre.

Los ojos del moribundo adquirieron un brillo que en seguida se extinguió. Perdió el conocimiento, y por la noche falleció, llevándose á la tumba el secreto de su hija.

No habían transcurrido dos meses cuando la madre de Juan, una mujer buena á carta cabal á quien toda la vecindad quería, fué á juntarse en la otra vida con el padre Plabenec.

—¡Habría sido tan dichosa de verte casado con Iveta!, dijo á Juan poco antes de morir. Habíame hecho la grata ilusión de acariciar á tus hijos en mis rodillas; pero desgraciadamente veo que he de renunciar á esta felicidad.

—Madre, ya sabe usted que la hija de Guillermo me gusta lo que no es decible; pero ella ni siquiera se digna mirarme, y hasta creo que me odia.

—¿Estás seguro de eso que dices?

—Estoy demasiado convencido de ello.

—Pues no sabe Iveta lo que es bueno. No conozco hijo mejor que tú, y un buen hijo es siempre un marido excelente. ¡Será su desgracia, Juan!

—Y también la mía.

La buena mujer sonrió, llevándose, sin embargo, un rayo de esperanza, porque el párroco del pueblo, santo y digno sacerdote, que conocía sus deseos, le aseguró que éstos se realizarían. ¿Había adivinado los sentimientos de Iveta? ¿Los ignoraba? No es posible decirlo; mas fuese de ello lo que fuese, la an-

ciana, antes de exhalar el último suspiro, pareció más trañquilizada sobre el porvenir de su hijo.

Parecía natural que la muerte de sus padres determinase una aproximación entre los dos muchachos; pero lejos de ser así, cada vez que la casualidad los ponía frente á frente, veíase bien claro que uno y otra sentían gran malestar. Iveta se mostraba más altiva, más seca que nunca; Juan poníase cada día más triste y melancólico, se encorvaba como un viejo, lanzaba hondos suspiros y parecía agobiado por un pesar muy grande; y la heredera de la alquería del Faouet enflaquecía y palidecía á ojos vistas. Al bueno del párroco no le costó mucho percatarse del cambio que sus dos jóvenes feligreses habían experimentado, y un día en que encontró á Iveta la paró y con acento compasivo le dijo:

—Tienes muy mala cara, hija mía; es preciso que te cuides.

—¡Ah, señor cura! Tal vez sea la vejez que se acerca, contestó sonriendo. Esta mañana, sin ir más lejos, he descubierto entre mis cabellos una cana.

—¡Una cana en una cabeza de veintitrés años! Páreceme que fué ayer cuando te bauticé.

—Y hace veinticuatro años, señor cura.

—Pues á esta edad no hay que considerarse vieja. Pero hablando de otra cosa; hoy he estado en casa de Juan y he encontrado allí el más espantoso desorden, tanto que le he aconsejado...

—¿Que despache á su criada?

—No, hija mía, no; que se case.

Las mejillas de la joven cubriéronse súbitamente de vivo rubor, y al ojo experto del anciano párroco no se le escapó la emoción de Iveta.

—Hace mucho tiempo que no vas por la rectoría, le dijo; el domingo, después de vísperas, te espero.

—Iré con mucho gusto.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

—Hasta la vista, Iveta.

—Buenas tardes, señor cura.

Como el día señalado era festivo, Iveta se presentó con sus mejores galas. El ama le hizo entrar en el comedor, en donde estaba puesta la mesa, con su mantel blanquísimo, tres cubiertos, platos llenos de golosinas y una botella de vino blanco.

—Espero otro convidado, dijo el sacerdote cerrando su breviario.

Y no bien acababa de pronunciar estas palabras, apareció Juan con su traje de las fiestas.

El muchacho, al ver á Iveta, se desconcertó, pues no esperaba encontrarla en la rectoría; y ella, por su parte, poniéndose encarnada como una amapola, arrugó el ceño y se hizo la distraída, contemplando por la ventana el hermoso paisaje que se desarrollaba á lo lejos.

—Sentaos, hijos míos, que merendaremos.

Iveta estaba enfrente de Juan, quien de cuando en cuando lanzábale una mirada rápida; nunca le había parecido tan bella, pero nunca tampoco habíase mostrado tan desdenoso su semblante. Un frío glacial se apoderó del muchacho, y á pesar de la frecuencia con que el cura le llenaba la copa, era imposible hacerle despegar los labios.

El desgraciado párroco tenía que hablar por los tres, y la situación hacíase embarazosa, cuando de pronto entró el ama anunciando que se acercaba una tormenta. En efecto, al cabo de un rato llovía copiosamente y el viento silbaba con furia en la chimenea.

—He de marcharme en seguida, dijo Iveta levantándose.

—Si queréis ir, añadió el cura, apresuraos, porque la tempestad se presenta amenazadora. Os daré mi paraguas.

Al oír aquel nombre de paraguas, los dos jóvenes levantaron la cabeza sorprendidos, pues en 1825, época de nuestra historia, aquel objeto no había hecho todavía su aparición en Bretaña; el cura lo había comprado hacía poco en un viaje que hiciera á París.

Cuando se presentó el ama con el objeto en cuestión, Iveta y Juan lo contemplaron con tanta curiosidad como sorpresa.

—Lo abriré fuera, les dijo el sacerdote; en este cuarto no cabría.

Era uno de aquellos paraguas enormes, de una clase hoy enteramente desconocida, que podía resguardar á toda una familia.

—¿Te sientes con bastante fuerza para sostenerlo encima de la cabeza de Iveta?, preguntó el cura á Juan.

—Sí, señor cura.

—No quisiera que por mí se alejase Juan de su camino, dijo la muchacha con cierta sequedad.

—¡Si no me alejo!, respondió aquél.

—Puedo muy bien ir sola; me bastará una capa.

—Vamos, hija mía, cobijate bajo este abrigo, que te guardará de la lluvia.

Juan sostenía el mango del paraguas con sus dos gruesas manos, y á pesar de su fuerza hercúlea, costábale gran trabajo luchar contra el viento. Las resacas ballenas del aparato se encorvaban y la tela que las cubría estremecíase bajo la acción potente del huracán.

Los dos jóvenes se alejaron lentamente de la rectoría y se encaminaron á casa de Iveta.

Cuando llegaron á medio camino, arreció la tempestad y hubo un momento en que Juan se sintió levantado del suelo.

—Aunque se me lleve á la luna no soltaré el paraguas, exclamó.

—Mejor sería cerrarlo, insinuó Iveta.

Juan intentó hacerlo tirando primero de las ballenas de la derecha y después de las de la izquierda, é Iveta quiso ayudarle, pero sus esfuerzos unidos fueron impotentes: no conociendo el mecanismo del instrumento, era imposible cerrarlo.

En aquel momento, la tempestad alcanzó su mayor violencia. De pronto, un relámpago rasgó la

rugía con incomparable violencia, contrastando con la quietud de aquel interior.

Sin saber cómo fué, Juan encontró las manos de Iveta; oprimiólas entre las suyas y la muchacha no las retiró.

—La tormenta no puede tardar en calmarse, dijo Iveta.

—Ahora me tiene sin cuidado, Iveta mía; repuso

Juan; quisiera que no cesase nunca. Mañana estaré lejos de ti y tú continuarás no mirándome.

—¿Y tú qué sabes?

—¡Será cierto! ¿Es verdad que no te desagradó y que me aceptarías por marido? ¡Oh, Iveta, dime que sí, por Dios!

—Es verdad, Juan; sería muy feliz siendo tu esposa.

* *

Tres meses después de aquella aventura, Juan se casó con Iveta. Nadie volvió á ver el paraguas que había sido la causa de su felicidad; pero en la aldea se formó una leyenda; algunos de sus habitantes habían visto en el cielo, la tarde de la tempestad, una especie de barco con un mástil que navegaba sobre las nubes.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

BUENOS AIRES

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE

Con motivo del centenario de la emancipación política de la República Argentina, que se conmemorará el año 1910, se celebrará en la hermosa ciudad de Buenos Aires una Exposición Internacional de Arte, á la que no vacilamos en augurar un éxito grandioso.

La exposición ocupará el magnífico local conocido por el Pabellón Argentino que se alza en la plaza de San Martín ó del Retiro, en uno de los barrios más aristocráticos de aquella capital. Esta plaza es una de las principales de Buenos Aires y constituye una especie de Parque Monceau; en ella se levantan la estatua ecuestre del libertador

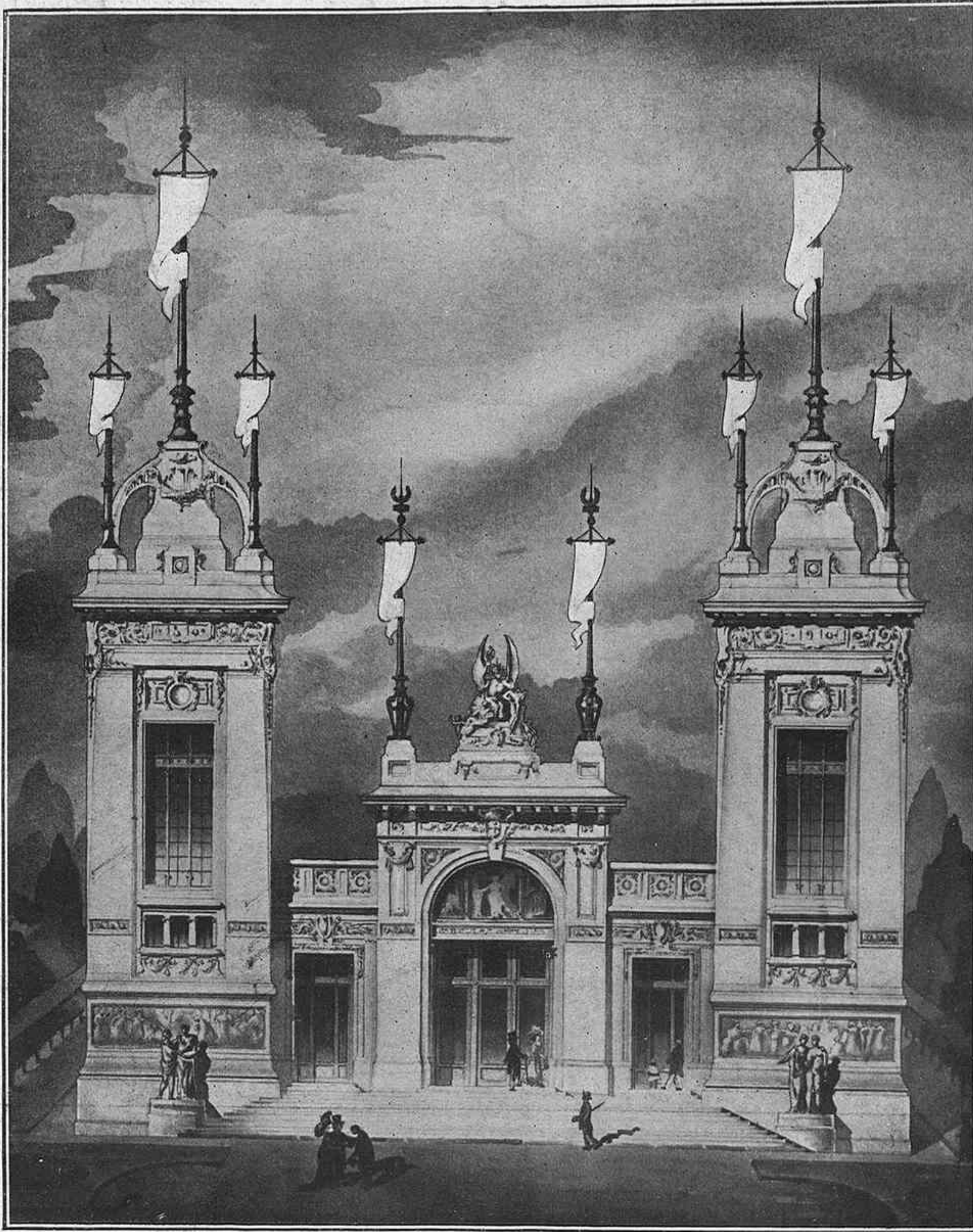
del Sur de América general San Martín y la del negro Falucho, soldado de la guerra de la Independencia que no quiso rendirse al enemigo en el Callao (Perú) y prefirió morir abrazado á la bandera celeste y blanca gritando por última vez: «¡Viva Buenos Aires!»

Bellísimos jardines rodean estos monumentos, y frente á ellos se destacan grandiosas y elegantes construcciones como son el «Plaza Hotel», magnífico edificio de trece pisos recientemente inaugurado, y los palacios de Ortiz Basualdos, Castellanos de Anchoarena, Sánchez, Pereyra, Paz, Christophersen y otros.

Además del citado Pabellón Argentino y de los edificios que lo circundan, se construirán otros varios pabellones en donde se instalarán las obras artísticas de las principales naciones europeas que han ofrecido concurrir al certamen.

La Exposición Internacional de Arte será indudablemente uno de los números más interesantes del vasto programa de festejos que ha preparado la Comisión Nacional del Centenario, en la que figuran las más ilustres personalidades de aquella rica y cultísima capital.

Los grabados que en esta y en la siguiente página publicamos darán á nuestros lectores una idea de la suntuosidad de los pabellones en donde se celebrará la Exposición. Las fotografías que dichos grabados reproducen nos han sido facilitadas por el digno é ilustrado cónsul general de la República Argentina en España D. Alberto Y. Gache, á quien damos las más expresivas gracias por la atención que ha tenido con LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.—T.



Buenos Aires. —Exposición Internacional de Arte que ha de celebrarse en 1910 con motivo del centenario de la República Argentina.—Vista de una de las fachadas laterales del palacio destinado á la misma. (De fotografía facilitada por el Sr. D. Alberto Y. Gache, cónsul general de la República Argentina en España.)

nube y un trueno horrísono hizo retremblar el valle. Iveta, asustada, se aproximó á Juan, en el instante en que éste lanzaba un grito al ver que una ráfaga se le llevaba el paraguas. Siguiéronlo con la vista, pero el armatoste se perdió en los aires.

En esto, calmó un poco la tormenta.

—Aprovechemos la ocasión, dijo Iveta, y corramos á la alquería, de la que desde aquí distingo una ventana iluminada.

—Mejor sería, repuso Juan, que nos refugiásemos en esa construcción que sirve de abrigo á los rebaños; está á cuatro pasos y sus paredes son sólidas.

Apenas había dicho esto, arreció con nueva furia la tempestad. Iveta, bruscamente levantada por el viento, fué arrojada contra el suelo; pero sintió que un brazo robusto la aguantaba y amortiguaba la caída.

—¿No te has hecho daño, Iveta?, preguntó Juan emocionado.

—No; únicamente me siento magullada.

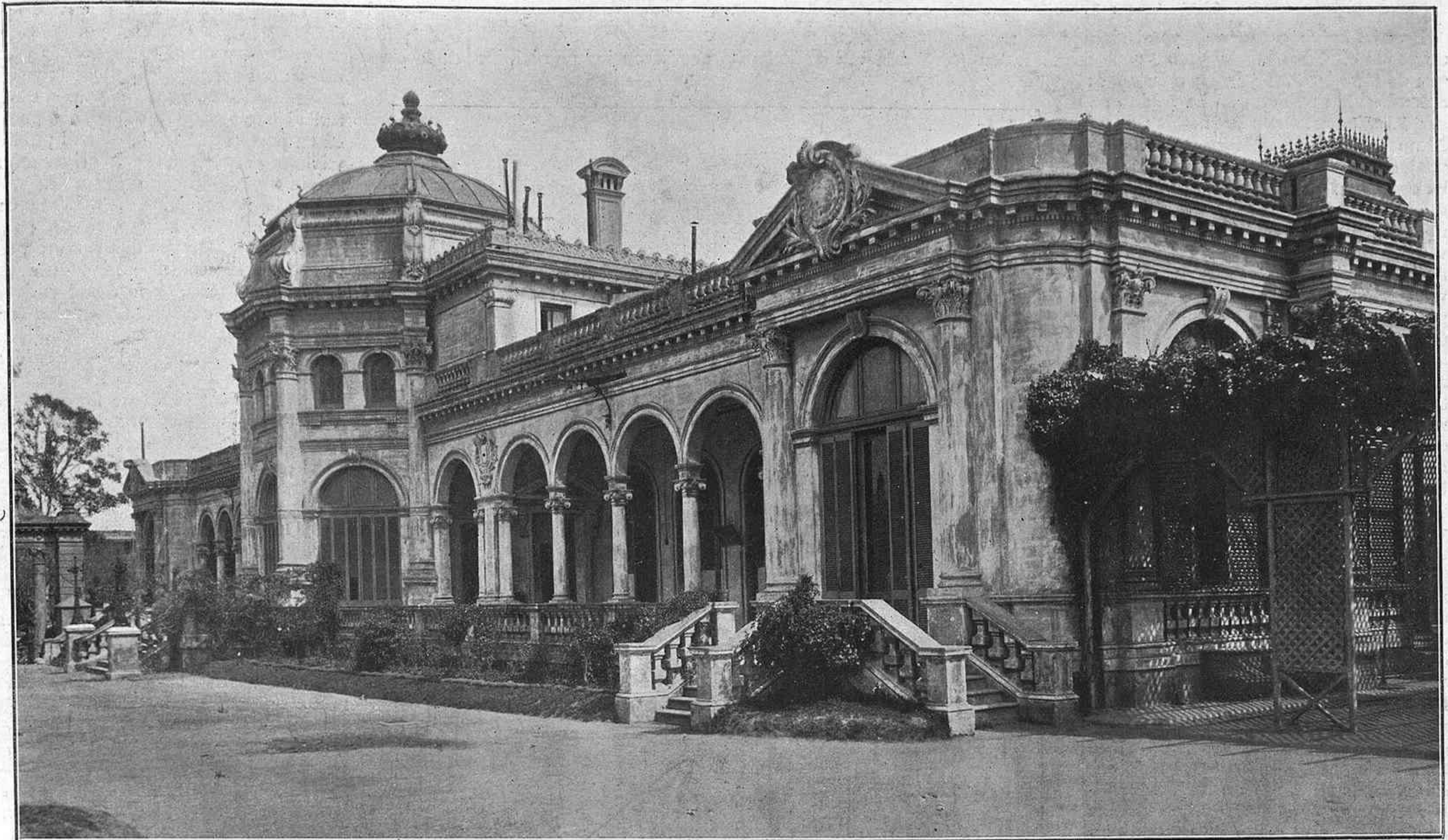
—El refugio está cerca; subamos arrastrándonos sobre la hierba, que así ofreceremos menos presa al viento.

Acercáronse lentamente al cobertizo y entraron en él. La oscuridad era absoluta, y Juan, á tientas, buscó paja y en un montón de ella hizo sentar á su compañera.

Las reses que habían huído de la tormenta se aproximaron á los dos jóvenes, quienes sintieron el vaho de los humeantes hocicos de los bueyes, que parecían solicitar su protección. Fuera, la tempestad

BUENOS AIRES.—EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE

QUE HA DE CELEBRARSE EN 1910



Vista de uno de los pabellones de la Exposición



Vista del pabellón argentino. (De fotografías facilitadas por el Sr. D. Alberto Y. Gache, cónsul general de la República Argentina en España.)

HOMENAJE A UN POETA

CORONACIÓN DE TEODORO LLORENTE

España había consagrado ya al viejo poeta, reconociendo en él un incomparable traductor, á la lengua de Cervantes, del Parnaso europeo; aplaudiendo al lírico que ha sabido sacar á luz é irisar con las magias de su Musa la lágrima informe todavía no cuajada en perla, como con galana frase ha esculpido la más grande de nuestras modernas escritoras; celebrando al ameno historiador de su querida región; al veterano periodista émulo de los Villermessant y Anatolio France, y al poeta valenciano, al más valenciano de todos, porque mejor y más hondamente que nadie llegó al fondo del alma colectiva levantina cantando los amores de los apasionados huertanos, narrando en estrofas esculturales las leyendas populares, dando forma plástica y poética á los anhelos y sueños y esperanzas del alma popular valenciana, tan sencilla y arrebatada...

Hasta fuera de España, en certámenes y concursos poéticos, llevó la fama el nombre de Teodoro Llorente en sus alas rosadas y níveas... y su pueblo querido, la ciudad de las flores amadas y cantadas por el poeta, todavía no había coronado su frente noble y serena con el laurel simbólico, al modo clásico...

¡Triste cosa es que nadie escape á la fatal sentencia «nadie es profeta en su patria,» y que sólo cuando de fuera llegan al solar patrio rumores del aplauso extraño, notas de exóticos clarines, ondas sonoras trayendo un nombre familiar sublimado y enaltecido, nos demos cuenta de que el poeta de nuestra ciudad, el historiador de nuestra vecindad, el novelista, el pintor, el músico que viven en nuestro propio barrio, son glorias europeas, mundiales casi!

Recordad á Sorolla y Benlliure, que para que sus nombres lo dieran á dos calles valentinas, menester fué que París consagrara su fama universal concediéndoles dos únicos premios de honor. . . Unos pocos años más de indiferencia, gastados en estériles luchas políticas, á la moruna, y sobre Valencia hubiera pesado el remordimiento de no haber coronado á su único poeta, al más grande poeta valenciano del siglo XIX, qué para mayor grandeza propia... no deja, como los grandes ingenios que en el mundo han sido, generación literaria que le suceda y mantenga siempre verdes los sagrados laureles...

Pero la heroica ciudad llegó á tiempo de enmendar su yerro, y tomando como pretexto su actual certamen regional de Ciencias, Artes, Industria y Comercio, ha querido coronar en el centro del gran estadio en donde celebra sus fiestas del Progreso á su viejo poeta, viejo con el corazón de adolescente, arrojando á sus pies flores perfumadas, regalando su oído con himnos sonoros é inspirados, y diciendo á las regiones hermanas que acudieron á traer una hoja de laurel á la corona tejida por Valencia, Alicante y Castellón para el poeta:

«Llorente es nuestro pasado en literatura, en regionalismo, en política, en historia; pero es también nuestro porvenir, porque como poeta su vidente mirada avizora el futuro, no mira hacia atrás, y nos augura en sus can-

tos proféticos auroras de vida nueva, esperanzas de un mañana incierto que el poeta dice que será espléndido y magnífico, porque nuestro actual certamen es el comienzo de una nueva era de paz y trabajo no interrumpidos...»

Y á la voz de Valencia acudieron los municipios

coronas de laurel y rosas, atronando los espacios con músicas y aplausos, llegaron al hogar dichoso y tranquilo del poeta, le arrancaron de él y de los brazos amorosos que allí endulzan y enamoran su vida apacible y le llevaron en lucida comitiva por las calles de la ciudad, alfombradas de claveles, nardos y jazmines; colgadas con ricos tapices y guirnaldas de rosas, y por entre una multitud abigarrada que aclamaba al poeta, «á su poeta,» que contestaba al público y sincero entusiasmo con «vivas á Valencia.»

Jamás reyes, héroes, tribunos, ni «ídolo humano» alguno vieron en su carrera triunfal tantas flores, tanto y tan verdadero entusiasmo, ni oyeron tan calurosos vítores, tan enardecedores aplausos, tan desbordantes aclamaciones de sincera alegría.

Y en marcha triunfal lleváronle al estadio de la Exposición Regional Valenciana; y bajo dosel de flores, representando colosal lira de áureas cuerdas, y sentado en silla de oro, vió agruparse á su alrededor en apretado haz á poetas, hombres de ciencia, obreros, periodistas, aristócratas, damas, jóvenes vestidas á la antigua usanza..., dos generaciones, en suma, la que camina al ocaso de la vida y la que da sus primeros é inciertos pasos en ella, y todos, presa de intensa emoción, depositaron sus ofrendas—ricas unas, modestas otras, estimadas todas por el poeta—á sus pies, mientras voces juveniles y acordes de arpas ecólicas entonaban el himno del amor y de la poesía.

El alcalde de la ciudad habló en nombre de ella del amor que sentimos todos por el poeta insigne, y coronó su frente augusta de laurel, mientras el himno crecía y llenaba los espacios, blancas palomas surgían del florido estrado á bandadas y caía de las tribunas sobre el poeta una lluvia de albas y embriagadoras flores...

Cuando la emoción le permitió al poeta coronado por Valencia hablar, contestó como únicamente podía hacerlo un poeta: «agradeciendo y estimando

el homenaje, no en nombre de Teodoro Llorente, sino en el de todos los artistas, poetas y escritores todos de la patria valenciana; en el de todos los enamorados del ideal que han trabajado y trabajan por elevar á sus alturas el alma valenciana. Él recibía la

corona en representación de todos; no para él solo. ¡Honor á Valencia! Sus sienes coronará con eterna corona la poesía.» Y ruidosas salvas de aplausos y bravos y vítores ahogaron la palabra del viejo poeta, viejo con el corazón de niño candoroso...

Y tornaron al poeta á su hogar, entre músicas y lluvias de flores, y le dejaron en brazos de su amantísima compañera, de sus queridos hijos, de sus amantes netezuelos..., que á los vivos del pueblo agrupado al pie de los balcones del poeta, contestaban—ignorantes aún de qué cosa sea un poeta— «¡Viva el abuelito!»

Valencia se ha dignificado á sí propia consagrando á su poeta, ciñéndole las sienes con el simbólico laurel, al modo clásico. Reyes, héroes, tribunos populares, «ídolos de un día,» pueden meditar que la única gloria imperecedera es la de la sublime, la de la hermosa poesía.

B. MORALES SAN MARTÍN.

Valencia, noviembre de 1909.



El chiquitín de la casa, cuadro de León Lhermitte

todos levantinos, los gremios de la dos veces leal ciudad, las sociedades literarias, científicas, artísticas, industriales; las escuelas todas; los funcionarios públicos; las Diputaciones, clero, ejército, Universidad; los poetas y artistas..., y todas las fuerzas vivas



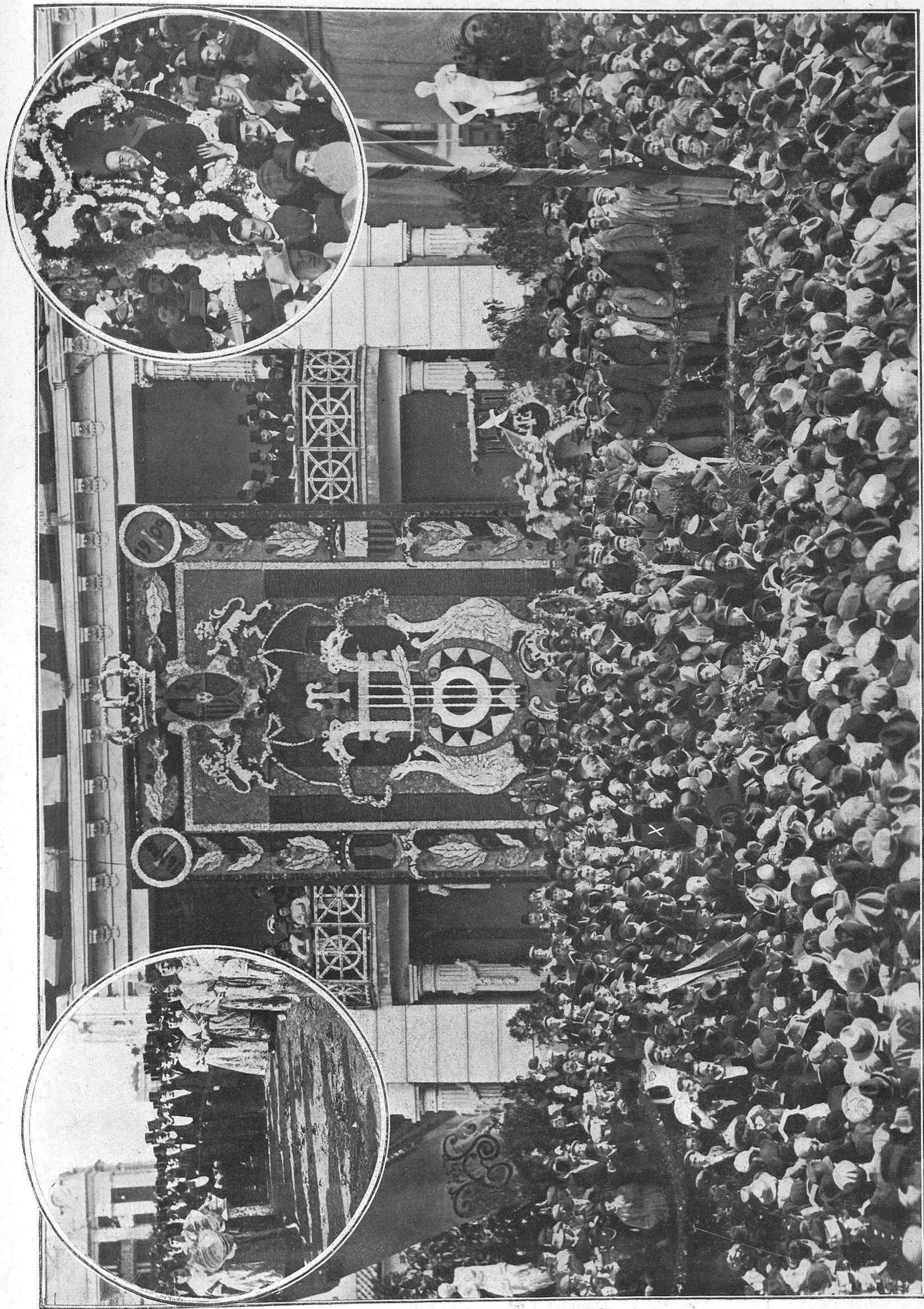
El Jurado de la gran Exposición Internacional de Berlín de 1909

Sentados, de izquierda á derecha: F. Skarbina, G. Koch, Krostewitz, Engelhard, Juan Meyer, L. Sandrock y H. Leoschen
De pie: M. Unger, Hochhaus, Seeling, Baumbach, O. Frenzel, Boeltzig, Wolffenstein, Conrado Kiesel, presidente del Jurado

de la ciudad y de su región, y llevando en alto sus estandartes, agitando las victoriosas palmas, embalsamando el ambiente con el aroma de innumerables

la sublime, la de la hermosa poesía.

B. MORALES SAN MARTÍN.
Valencia, noviembre de 1909.



HOMENAJE DE VALENCIA Á SU POETA. — CORONACIÓN DE TEODORO LLORENTE. — Entrada en la Exposición de D. Teodoro Llorente, acompañado de las autoridades y precedido de doce hermosas huertanas que arrojan flores á su paso. (De fotografía de F. Moya). — Aspecto del estrado en el momento en que el público felicita y aclama al poeta (x). — El poeta, después del homenaje, conducido en una litera de flores naturales por los socios de «Lo Rat Penat.» (De fotografías de V. Barberá.)

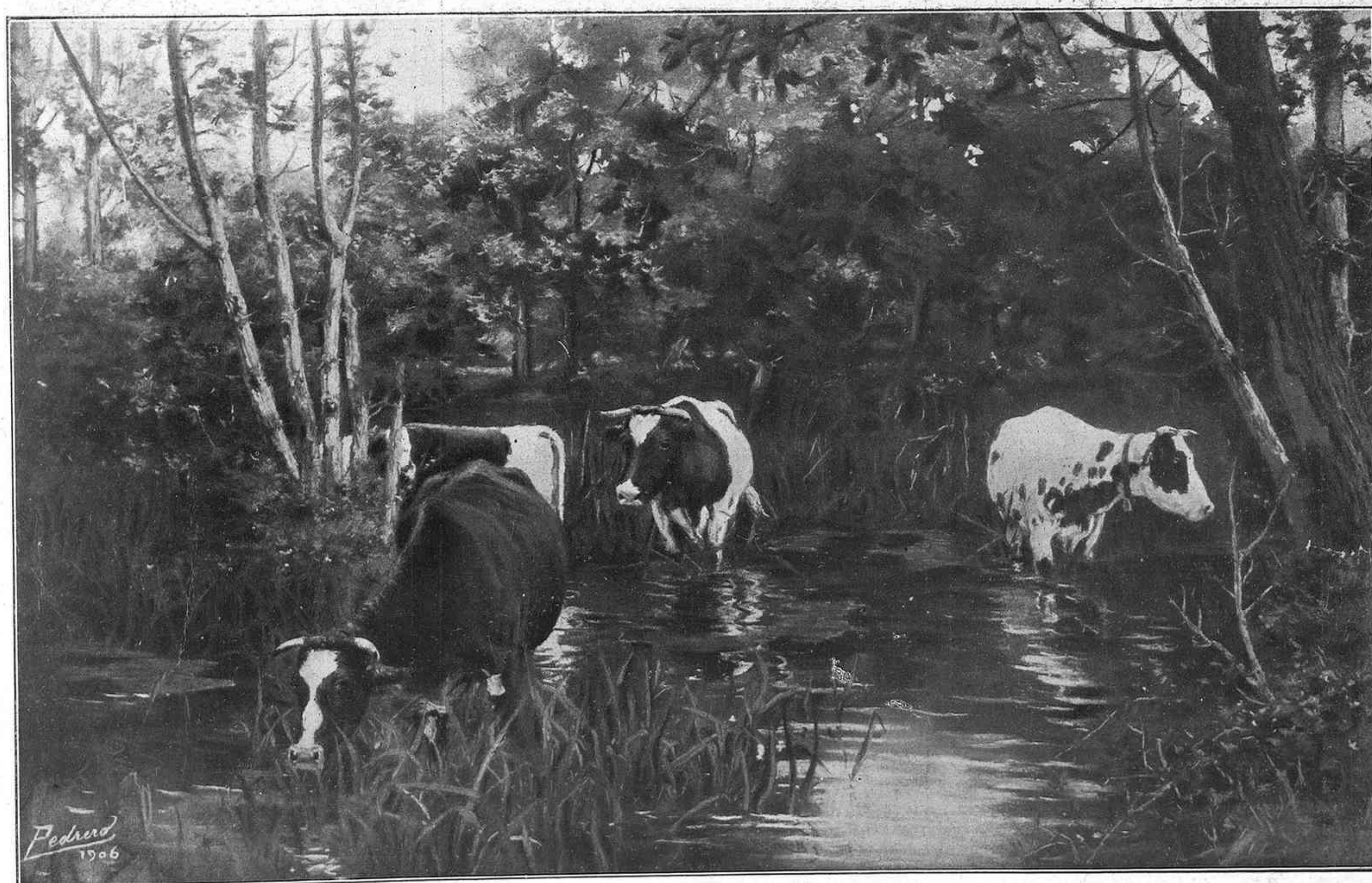


MOMENTO SUPREMO, copia del celebrado cuadro de Guillermo Orchardson

(Copyright by Franz Hanfstaengl, Munich.)



HOMBRES DEL PORVENIR, cuadro de Maximino Peña



EL BARDALÓN (SANTANDER), pastel de Mariano Pedrero

PARÍS. — LA SEÑORA DE STEINHEIL EN LIBERTAD

El jurado ha declarado la inculpabilidad de la célebre viuda acusada como autora del crimen del callejón de Ronsín, y el público que asistía á las sesiones del Palacio de Justicia prorumpió en aplausos y aclamaciones al oír la lectura del ver-

contrarios? Esa manifestación inmoral podrá no ser la apoteosis del crimen, pero es ciertamente el vicio triunfante.» Sin embargo, entre todas aquellas gentes que aclamaban á la señora de Steinheil, faltaba una, aquella cuyo nombre y cuyo porvenir estaban sin duda más interesados en el proceso: la hija del pintor asesinado y de la acusada, la pobre Marta Steinheil, quien hace pocos días dijo á uno de sus parientes



París.—La huida de la Sra. de Steinheil después de su absolución.—Fotografía tomada en el Bosque de Boulogne por el Sr. Branger, que condujo á la señora de Steinheil, primero al hotel *Terminus* y después á una casa de salud de las cercanías de París, substrayéndola á la curiosidad de los periodistas y reporteros fotográficos.



Retrato de la Sra. de Steinheil hecho por el Sr. Branger en el hotel *Terminus*, en la madrugada del día 14, poco después de haber sido aquella absuelta y puesta en libertad.

Rivera, en representación de S. M. el rey, las autoridades, las corporaciones oficiales y particulares, los somatenes y las tropas, dirigióse á la iglesia de San Félix, en donde el cura párroco hizo entrega de las banderas de San Narciso y del primer tercio de la Cruzada Gerundense al general Rivera y al señor marqués de Camps, quienes se colocaron detrás de los somatenes, acompañándoles la bandera del somatén de Gerona, llevada por D. Joaquín Mas. Encaminóse luego la comitiva al baluarte de San Francisco, en donde se ha erigido el monumento que reproducimos y se han colocado las lápidas conmemorativas, celebrándose allí una misa de campaña, terminada la cual procedióse á la bendición del monumento y de las lápidas.

Después efectuóse en la Ronda del doctor Robert el desfile de somatenes y tropas por delante de las autoridades, y reorganizada la comitiva volvió á la iglesia de San Félix y á las Casas Consistoriales á devolver las banderas.

Puso término á las fiestas un banquete con que el Ayuntamiento gerundense obsequió á los elementos cíviles y militares que en aquellas habían tomado parte.

En todos los actos celebrados en conmemoración de la grandiosa epopeya ha reinado el mayor entusiasmo y se ha manifestado el más ardiente patriotismo.

dicto. El espectáculo que en aquellos momentos ofrecía la sala de la audiencia era bien poco edificante, y así lo ha reconocido casi con unanimidad la prensa parisiense. Véase á este propósito lo que dice un importante diario de la capital de Francia: «Los jurados han librado á la señora de Steinheil de la espantosa pesadilla que la oprimía, absolviéndola después de una larga discusión; pero dudo de que hayan querido glorificarla y transformar en pedestal el patíbulo al cual la habían substraído. Y siendo esto así, ¿á qué esos gritos, esos pataleos, ese entusiasmo indescriptible, esas aclamaciones de triunfo con que ha sido acogida la derrota de la policía y de la magistratura, como si se hubiese tratado de una victoria francesa?»

hablando de su madre: «Si la condenan, iré todos los domingos á verla en la cárcel; si la absuelven, no me verá nunca más.» Estas palabras y aquella ausencia en el momento decisivo del proceso, cuando se proclamaba oficialmente la inocencia de su madre, son harto significativas. Según parece, Marta está firmemente resuelta á no vivir con ella.

Apenas pronunciado el fallo absolutorio, la señora de Steinheil volvió á la cárcel para cumplir las formalidades de la excarcelación, y poco después, no sin que antes su defensor despistara con una hábil estratagema á los periodistas que la esperaban, subió al automóvil del Sr. Branger, director de la conocida agencia fotográfica, y se dirigió al hotel *Terminus*, en donde el fotógrafo hizo de ella el retrato que el adjunto grabado reproduce, primero y único obtenido á raíz de la terminación del proceso. A la mañana siguiente, el mismo señor Branger fué á buscarla y la condujo, por indicación de uno de los abogados auxiliares de su defensor, á una casa de salud de las cercanías de París; por el camino, en el Bosque de Boulogne, el fotógrafo sacó nuevos clisés, uno de los cuales también reproducimos.

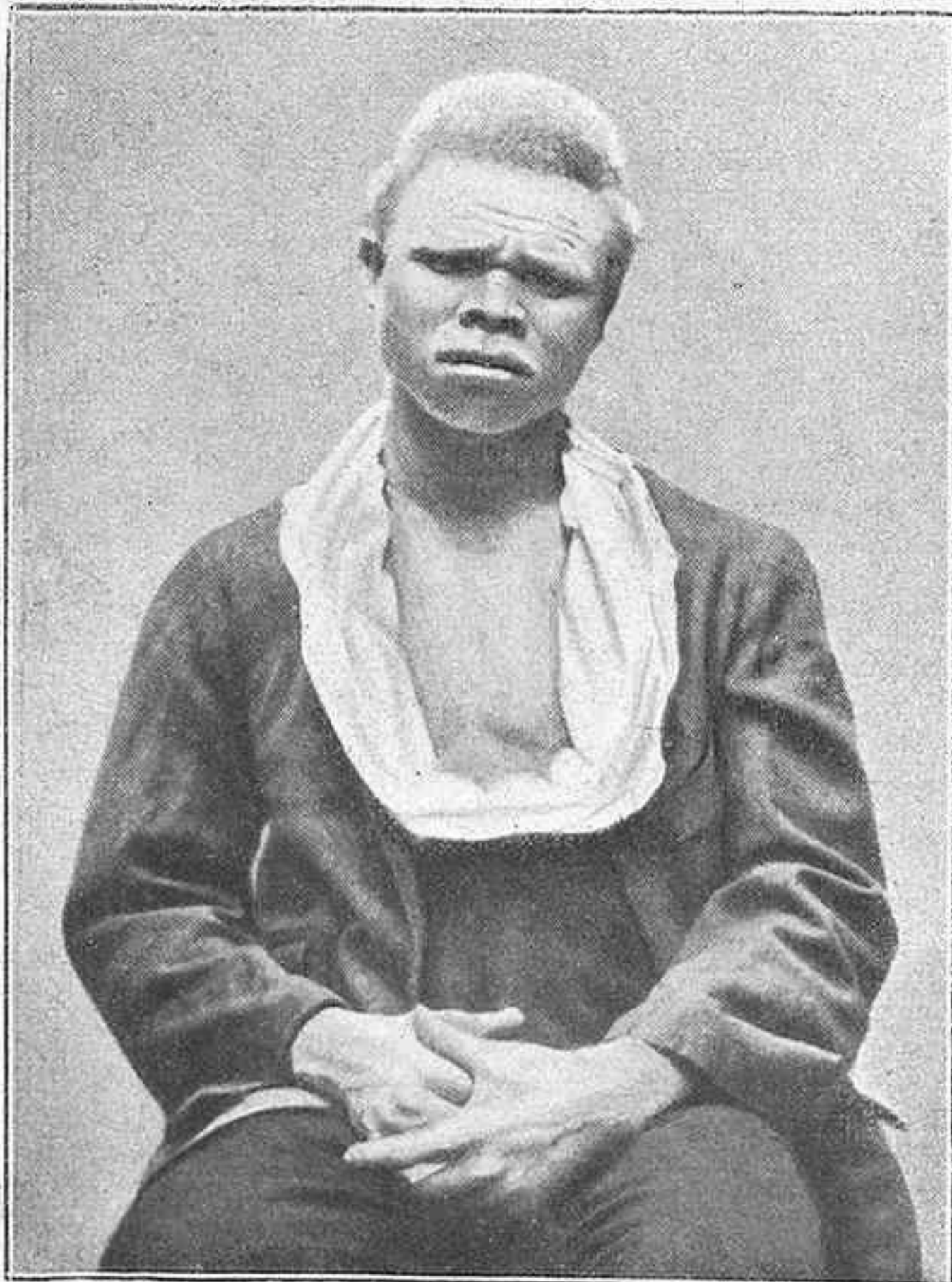
Poco después, la «Gran Inocente», como algunos la llaman, quedaba voluntariamente recluida en un asilo seguro, al abrigo de las indiscreciones reporteriles y preparando su modo de vida para el porvenir.

UN NEGRO BLANCO DEL DAHOMEY

El albinismo es una anomalía congénita que afecta, como es sabido, á todos los mamíferos y hasta á los batracios, á los peces y á las plantas. Durante mucho tiempo se ha creído que, entre las diferentes razas humanas, los negros están particularmente afectados á ella; pero esta creencia parece fundarse en una simple ilusión, porque ciertamente un negro albino es más visible y llama más la atención que un blanco que padezca también de leucopatía.

El negro blanco que el adjunto grabado reproduce es un indígena del interior del Dahomey, y los que lo han descubierto, y que probablemente lo exhibirán en Europa, tienen buen cuidado de declarar que es de pura raza africana y que entre sus ascendientes no se cuenta ningún individuo de la raza blanca; declaración superflua, puesto que la mezcla de sangres nada tiene que ver con el albinismo; antes al contrario, esta afección no la vemos en ningún mulato ni mestizo.

Los negros albinos abundan en la América del Sur, en el archipiélago indico, y en el litoral y en el interior del África.



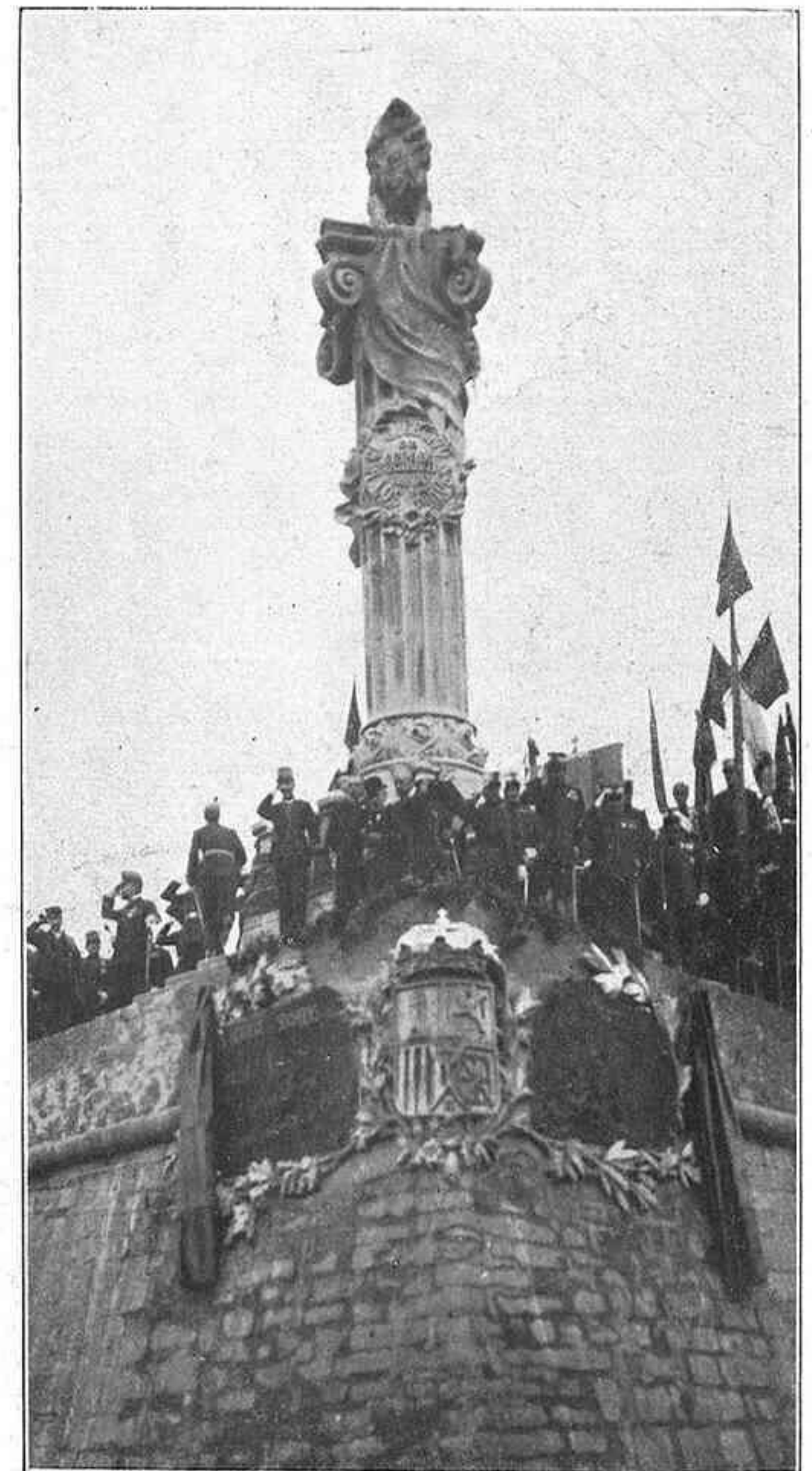
Un negro blanco del interior del Dahomey (De fotografía)

«¿Fué la señora de Steinheil una esposa infiel? Sí. ¿Procuró despistar á la justicia con mentiras reiteradas? Sí. La señora Steinheil, ¿no ha acusado, inventando para uno de ellos una pieza de convicción, á Remy Couillard, á Burlingham, á Alejandro Wolf, aun á riesgo de enviarlos al patíbulo? Sí. Y cuando presenciáramos ese movimiento en favor suyo, ¿no hemos de creer que se ha alejado sistemáticamente del pretorio el verdadero público, de quien se temía la explosión de sentimientos

GERONA. — MONUMENTO Á LOS HÉROES DE 1808-1809

La inmortal ciudad ha conmemorado con solemnes festejos el centenario de los famosos sitios que sus heroicos habitantes sostuvieron contra los franceses en los años 1808 y 1809.

En la mañana del día 14 reuniéronse en la plaza de la Constitución los somatenes de la comarca, en número de unos dos mil hombres, con sus banderas, tambores y cornetas, y el alcalde hizo entrega á una compañía del regimiento de África de la bandera de Ultonia. En el entretanto, las fuerzas del ejército habían formado en la Rambla de Mossén Verdaguera. Poco después la comitiva, en la que figuraban el general

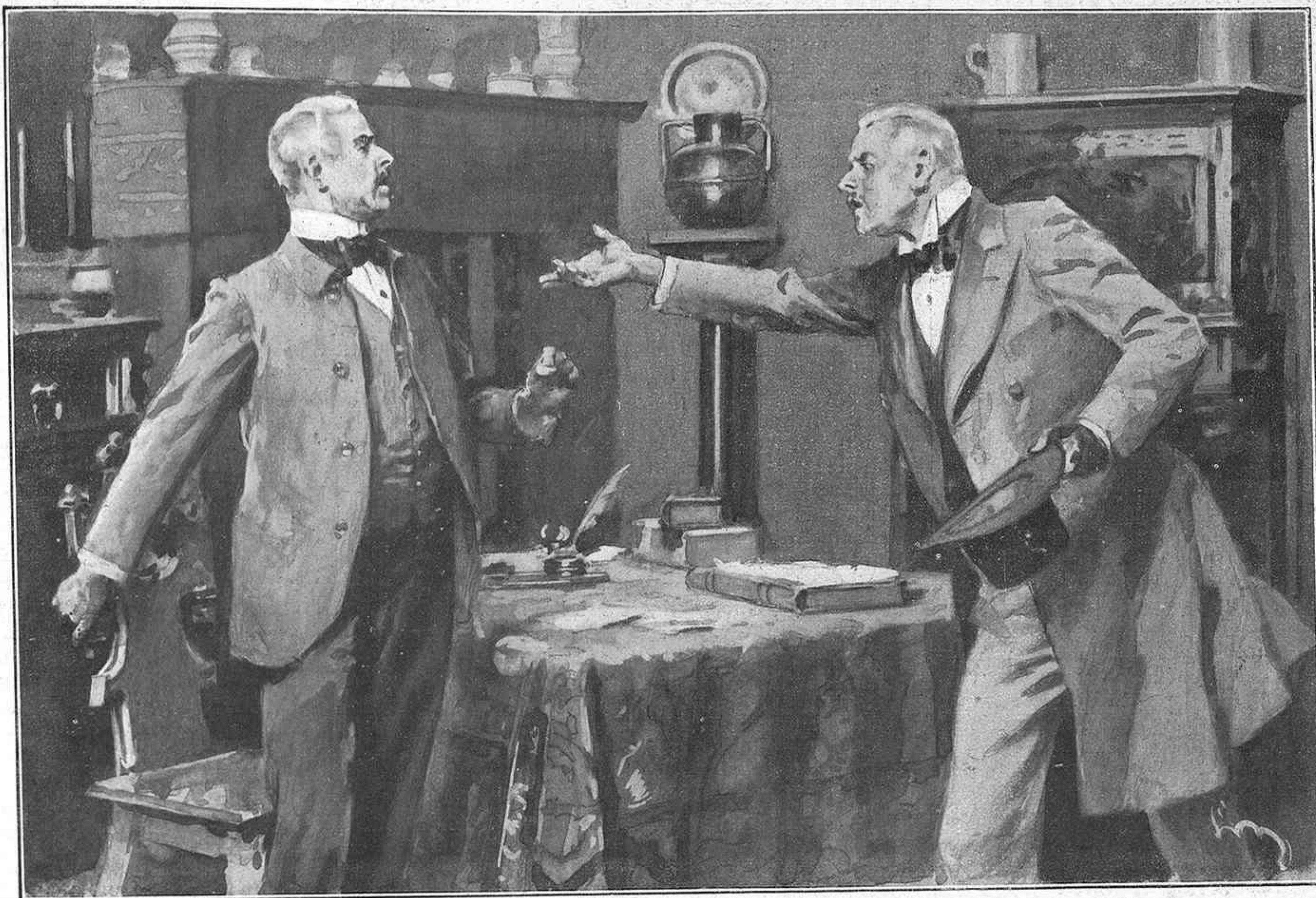


Gerona.— Monumento erigido por el ejército á los héroes de los sitios de 1808-1809 y lápidas dedicadas á los mismos por los artilleros y somatenes de Cataluña, uno y otras solemnemente inaugurados el día 14 de los corrientes. (De fotografía de J. Girbal.)

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)



—¡Ah! Sr. Faulque tanto como usted quiera; pero ya estoy harto de esta existencia...

Llevaba en la mano un largo bastón con puño de plata y contera de hierro puntiaguda, en que solía apoyarse para subir empinadas cuestas.

Instalada, con las faldas recogidas á un lado, esperaba con afectada indiferencia.

Él empezó diciendo, al azar, para decir algo:

—La otra noche..., ¿sabe usted?, la noche en que cantó el aria de *Dalila*...

—Sí..., ya sé..., ¿y bien?

—Le pregunté á usted...

—¿Qué?

—¿No se acuerda?..

—No.

—No es posible.

—Sí.

—¿El Sr. de Grandlys?..

—¿Qué tiene usted que decir de él?

Pedro se irritaba; encontraba una mujer en todo contraria á la que había esperado; se encabritó, y la lógica le hizo encontrar la lógica y las frases claras.

—Señorita Bertilla, usted se burla de mí; está usted en su derecho; por consiguiente, voy á abreviar. Sea usted franca; ¿cuenta usted casarse con el vizconde de Ausonne? ¿Sí ó no?

—¿Me ha hecho usted subir á esta altura para preguntarme eso?, replicó Bertilla, ganando tiempo para reflexionar.

—Sí, para esto, y para escapar á las miradas indiscretas ó celosas..., ¿comprende usted? Pero usted no ha contestado. Por consiguiente, repito: ¿cuenta usted casarse con el vizconde de Ausonne?

—¿Por qué no? Soy libre; además, Sr. de Guibray, yo no tengo obligación ninguna de contestar á sus preguntas. ¿A título de qué va usted á exigir confidencias? Obraré como me plazca, á mi antojo, y no teniendo que dar cuentas á nadie de mis actos, hablaré el día que me parezca conveniente hacerlo. Ese día será usted avisado... como los demás.

Pedro sacudió la cabeza, contemplándola con dolorosa mirada.

—Bertilla..., dispense: señorita, ¡qué cambiada la encuentro! La gente le ha trastornado la cabeza. Le

han dicho demasiado que era usted bonita, digna de todas las adoraciones. Antes no era usted mala... Hoy no opondrá usted más que durezas á mis preguntas temblorosas... Y ni siquiera contesta sinceramente: ni sí ni no..., nuevas heridas.

Había dicho esto con una voz tan quebrantada, con un aire tan triste, que ella se enterneció y volvió á ser la de siempre.

En ella los cambios eran bruscos.

—Mi pobre amigo, le dijo tendiéndole la mano, somos dos niños que pasamos el tiempo en hacernos daño mutuamente. Diríase que hemos apostado á quién hundirá más el acero en la herida. Escuche. Usted quiere franqueza. Me pregunta si me casaré con Grandlys. ¿Lo sé yo acaso?

A esta réplica inesperada, algo sorprendente, Pedro experimentó una profunda alegría. No había nada resuelto, nada concluido, nada irreparable. Y él volvía á encontrar en el fondo de los ojos de Bertilla la antigua expresión de ternura un poco burlona.

Ella comprendió su alegría y le detuvo con un gesto.

—Poco á poco. No sé si me casaré con él; pero esto no quiere decir que no me casaré con él. Nada de falsas interpretaciones. Me casaré con él quizá, si alguien, á quien conozco, sigue apartándose de su corazón por las razones consabidas... La frecuentación de los grandes señores y de las nobles damas me ha convencido de que no valgo menos que ellos... Y no admito más excusas, ni retractaciones de ningún género. En suma, le ofrezco á usted una vez más la posibilidad de reparar un error que á todos nos hace sufrir; hágalo usted lealmente, y lealmente volveré yo á quererle, sin reproches, habiendo perdonado y olvidado los meses de incertidumbre y de vacilación. Nuestra suerte está en sus manos.

Pedro fué en aquel instante el hombre más desgraciado del mundo; la entrevista, mal entablada, conducía á la derecha, cuando él se había propuesto que condujese á la izquierda.

No había venido para capitular, y resultaba que

la adversaria parecía contar con aquella capitulación.

Él no sabía cómo salir del paso, y se refugió una vez más en su acostumbrado sentimentalismo teatral. Una vez más fué comediante.

De pie en el otero, designó sucesivamente tres puntos en el horizonte, diciendo en tono patético:

—Allí está el granero de la sal, donde Roque Faulque fué ahorcado por orden de Guisano de Guibray... Allí, el castillo de Guibray en que Miguel Faulque prendió á su amo para entregarlo al verdugo... Allí, el castillo nuevo construido con el dinero robado por los Faulque á los Guibray.

—¡Basta!, gritó Bertilla levantándose furiosa y cansada. Con usted es imposible olvidar. Acabemos. ¿Qué es lo que usted quería?

—En mi credulidad estúpida, yo había soñado una mujer pura y leal, que comprendiese la legitimidad, la santidad de los obstáculos interpuestos; que absolviese á los que juzgan que no se les puede obviar sin obrar mal; yo la había visto, renunciante y sumisa ante el destino; pero demasiado altiva y demasiado casta para entreabrir su corazón á un segundo amor, apartaba de sí á los pretendientes fáciles y se encerraba en un convento para ocultar allí su vida. Aquella mujer me parecía incomparablemente bella, y amándola yo á usted, me la había imaginado con sus facciones y su figura.

—A mi vez, dijo Bertilla, yo había soñado un caballero bastante enamorado de mí misma, para sacrificarme vanos escrúpulos. Bien merecía yo eso, Sr. de Guibray. Tiene usted la sangre pálida y la cabeza demasiado tranquila. Envía usted sus amadas al sacrificio, como Ifigenia. Yo le hubiera querido á usted renegado, traidor, diez veces culpable sólo por su amor hacia mí. Yo soy digna de ello. Caballero Pedro, es usted un cobarde. Cada día, en París, hay jóvenes de veinte años y hasta viejos que se matan á los pies de mujeres públicas, gritando su pasión, su amor incurable. Creo que no se me puede comparar con esas desdichadas. Pero usted no sabe más que gemir y lloriquear, y me envía á un claustro. Es

usted divinamente egoísta, espléndidamente grotesco. Me casaré con Grandlys; mañana lo sabrá. ¿Está usted satisfecho?

Pedro la escuchaba aterrado, pero obligado a confesarse que ella estaba en lo verdadero y en lo justo. Sentíase odioso, perdido.

Entonces, demente del todo, se echó á sus pies, cogiéndola por la cintura y alzando hacia ella su rostro consternado. Ella estremeciése, nerviosa, y él prolongó el contacto, pronunciando palabras locas, incoherentes..., estrechándola con más fuerza, atrayéndola hacia sí.

Ella se desprendió bruscamente, y otra vez dueña de sí misma, replicó á sus sollozos con la frase legendaria:

—Sr. de Guibray, soy de familia demasiado obscura para ser su esposa, pero de familia demasiado alta para ser su amante. Aprendí esta contestación de su abuela Catalina.

Anonadado ante aquella calma tan pronto recordada, Pedro continuaba de rodillas, cubiertos los ojos con las manos.

Bertilla lo contempló con desprecio y exclamó:

—¡Cobarde! ¿Es esa la postura de un hombre? Vamos, levántese usted... Adiós.

Ya se alejaba, cuando Pedro se levantó bruscamente y corrió hacia ella.

—¡Bertilla..., por favor..., por piedad!. Concédame tres meses... No haga usted nada durante este último plazo; se lo suplico... Si usted se casa de aquí á entonces, me mato.

Ella se encogió de hombros, y luego, consintiendo, dijo con voz lenta y grave:

—Sea; le concedo á usted tres meses... Pero después de este plazo, usted será más odioso, ¿verdad?, y tendré derecho á despreciar á usted. Le concedo esos tres meses en memoria de la noche en que nuestras dos barcas se cruzaron en el río y que nuestros ojos, á un mismo tiempo, miraron la luna. Lo dicho... Adiós.

Y la extraña joven desapareció detrás de una espesura de árboles, dejando á Pedro atontado, avergonzado sobre todo de no haber dicho una sola palabra del discurso que había preparado minuciosamente durante dos noches de vigilia.

Es probable que en el fondo Bertilla sintiese por Enrique de Grandlys un afecto bastante tibio, pues no vaciló en desesperanzarlo desde el día siguiente.

¿Cómo se las arregló para ello? Nadie lo supo más que la propia Bertilla. El caso es que el vizconde desapareció bruscamente para no volver.

Faulque, resignado, no aprobaba aquella ruptura y maldecía cada vez más todo lo que llevaba el execrado nombre de Guibray. Poco á poco su cólera fué creciendo, hasta que desbordó.

Una tarde presentóse bruscamente en la Ruina y sorprendió á Gilberto en un salón de la planta baja.

—Sr. de Guibray, ¿quiere usted venderme su caserón maldito? ¿Quiere usted... un millón?

—No, replicó Gilberto, que deseaba contestar que no era negocio suyo, puesto que tierras y castillo pertenecían á Pedro.

Pero no tuvo tiempo de dar una explicación, porque Faulque fué pujando:

—¡Dos millones!

«Nuestro vecino está loco —pensó Gilberto—. ¿Temerá mi competencia en las elecciones? ¿Deseará desembarazarse de mi rivalidad á toda costa?.. No, no, seamos sinceros; no me teme; será elegido por una mayoría enorme. Además, no tiene muchas ganas de ser diputado; más bien se deja imponer el mandato legislativo. De todas maneras, no es eso; no doy con el quid... Pero ¿qué será?

Y á fin de enterarse preguntó:

—¿A qué esa proposición súbita, esos ofrecimientos desordenados? ¡Dos millones!.. La quinta parte sería ya una exageración.

—Para desembarazar al país de la presencia de ustedes, arrasar la Ruina y extirpar de ustedes hasta el recuerdo. Ya lo sabe usted.

El barón irguióse, ultrajado.

—¡Sr. Faulque!

—¡Ah! Sr. Faulque tanto como usted quiera; pero ya estoy harto de esta existencia... Su hijo de usted merece que le peguen un tiro... Que se ande con cuidado si persiste... ¡Ah! Puede usted sulfurarse cuánto le dé la gana; á mí me importa un comino, Sr. de Guibray; pero yo no quiero que mi hija se me muera; no tengo más que ella en el mundo. ¿Oye usted? No quiero que se muera... por el tarambana de su hijo... ¡Qué odio le tengo!.. Esta mañana, en el almuerzo, mi hija no probó bocado... Disimuló, fingiendo que comía... Pero todo lo observé... No dije nada por no provocar la crisis; pero así y todo, la crisis llegó... Mi hija cerró los ojos, inundados de lágrimas..., tiró la servilleta y huyó... á fin de ocultar

su pena... ¿Y se figura usted que yo, rico, considerado, pudiente, feliz antes de que ustedes vinieran, voy á soportar por más tiempo que mi vida dependa de los caprichos de un caballerito de mala muerte, de un títtere movido por la locura? Váyanse ustedes con su títtere á otra parte, ó no respondo de mí.

—Caballero, dijo Pedro entrando, después de haberlo oído todo; á mí me toca contestarle con doble derecho, porque el castillo es mío y porque soy yo la causa de sus disgustos. El castillo ha vuelto á ser propiedad de sus señores legítimos y no volverá á salir de sus manos; las ofertas de usted son vanas; ya sabe usted el caso que hago yo del dinero; pero vamos á otra cosa. Usted me odia, usted habla de pegarme un tiro, usted me insulta gratuitamente por causas que no dependen de nosotros. Usted es el padre de Bertilla, y le contestaré suavemente, con toda la mansedumbre de que soy capaz. Sr. Faulque, mis padres y yo vamos á partir para no volver; la Ruina acabará en el silencio, en medio de los campos abandonados, pero seguirá siendo, al menos, la torre de Guibray, perteneciente al Sr. de Guibray. Tras de nosotros ventile usted su casa, arroje nuestro recuerdo... ¡Sea! Pero yo sé que á veces el olvido no viene cuando se le llama. Esto es, Sr. Faulque, lo que tengo que decirle. A toda otra persona que no fuese usted, le hubiera yo contestado más brevemente.

Esta vez el hijo de Valeria, erguido ante la injuria, había hablado como un hombre, en una actitud de hombre. Clemente Faulque se alegró de ello inconscientemente, y así la entrevista empezada por querrela pudo acabar en un tono más discreto.

Valeria sobrevino para atenuar también las frases demasiado vivas.

Cuando Faulque salió del castillo viejo, cualquiera hubiera dicho, al verle, que venía de hacer una visita de buena vecindad y de ocupar su hora en mil cortesías.

Detrás de él, Gilberto decía á su hijo:

—¿De veras nos vamos?

—Sí, á menos que vea usted para ello algún obstáculo. Usted no espera ganar las elecciones ante la competencia de Faulque; por mi parte, yo debo desaparecer; de lo contrario, sería débil al extremo de aceptar todas las cobardías y todas las indignidades. Partamos, pues. ¿Qué opina usted, mamá?

—Yo nada digo, replicó Valeria. No puedo más, y renuncio á fijar puntos constantemente flotantes. Volvería á París gustosa si creyese que vosotros dos ibais sin pesar, sin ninguna herida en el alma.

—Eso es pedir demasiado, murmuró Pedro. Para mí, París no es más que una primera etapa. Yo cuento ir pronto más lejos, muy lejos y muy pronto; espero que ustedes no se opondrán, pues tengo que elegir entre el destierro y la muerte, y si elijo el destierro es por ustedes; dentro de dos ó tres años volveré curado, y entonces aún podrá reinar la alegría entre nosotros.

—¿Y los que dejas atrás?, murmuró Valeria.

—¿Quiénes? ¿Papá? ¿Usted? Es por ustedes por quienes consiento en vivir...

—¿Y los demás?... ¿Y ella?, continuó Valeria, fiel á sus afecciones.

—¡Ay, mamá! Que esa se consuele con el triunfo de su juventud y de su hermosura. No le faltarán dos ó tres pretendientes que valdrán más que yo.

—¡Adiós, Bertilla!, suspiró Valeria.

Ésta no podía luchar más; también estaba cansada. Veinte veces había repetido á su hijo lo que pensaba sobre la eterna cuestión; le había aconsejado el olvido de las tradiciones, los renacimientos personales en la felicidad ofrecida.

Había asistido, espectadora muda, á las últimas escenas; había comprendido los celos de Pedro; había esperado en ellos; supremo factor, mal factor, que no había sido suficiente.

Se avergonzaba de los actos de los Guibray en el país de Guibray. ¿Su marido? Postulante de sufragios, adulator de las masas que despreciaba. ¿Su hijo? Indeciso y vano, ridículo y odioso en su papel de enamorado que se hace desear, regatea, no está nunca satisfecho, avanza para retroceder, incapaz de un gesto de hombre.

Conjunto lamentable, conclusión triste, sin solución real.

En todas partes, desengaños y desilusiones; además del dinero disipado, la dignidad arrastrada por el suelo; la debilidad patente de una raza que concluye... Total: disgustos y vergüenzas.

Efectivamente, valía más irse.

—Partamos, dijo resignada.

VI

Era la víspera del día señalado para la partida, sin esperanzas de volver.

Empezaba otoño con grandes horizontes tristes. Antes de las cinco, ya anocheaba.

En toda la tarde, Pedro no había parecido; vagaba por la Ruina, visitándola de arriba abajo, sin duda para despedirse de ella.

Su resolución estaba tomada; huía de Bertilla porque no podía decidirse á abjurar de sus creencias respecto á su linaje.

Con sus últimas súplicas, había hecho apartar al vizconde de Grandlys; y esto no le causaba ningún remordimiento, ningún escrúpulo; al contrario, se alegraba de ello. No pudiendo ser suya, la muchacha no debía ser de ningún otro.

Más tarde, cuando él hubiese desaparecido, Bertilla podría entregarse libremente; estando él lejos, no sabría nada.

Así se evitaba la inminencia de sufrir un poco más; y esto era ya mucho.

En los vestíbulos se amontonaban baúles, maletas y cestos, dificultando el paso. Los criados activaban los preparativos del regreso á París.

Bruscamente, en ocasión en que Gilberto y Valeria estaban sentados en un saloncito, él leyendo un periódico y ella ocupando sus dedos en una labor cualquiera, la puerta cedió á un violento empujón que les hizo levantar la cabeza con sobresalto.

—¿Y bien? ¿Qué es eso?, dijo Gilberto severamente.

—Soy yo..., soy yo.

Pedro entró, pálido, trastornado, con un librote debajo del brazo. Era un voluminoso tomo en cuarto, encuadernado en cuero leonado. Detúvose delante de sus padres y dijo con voz ahogada:

—Papá, mamá..., díganme si no estoy loco..., si ustedes comprenden como yo...

Ante tales exclamaciones y tal aspecto de demencia, el padre y la madre se asustaron.

—¿Qué libro es ese?, preguntó Gilberto.

—Los *Estados de Provincia*, en 1754, contestó Pedro; pero no importa..., hay papeles dentro..., ocultos, desde hace cien años..., secretos de familia, toda nuestra historia..., la nuestra y la de ellos...

—¿De ellos? ¿Quiénes?..

—Los Faulque..., pero ya no hay tales Faulque... Se acabaron... Matías tenía razón...

Valeria, ansiosa, preguntó á su vez:

—Hijo mío..., nuestra historia, la suya... y Matías. ¿Qué significa todo eso?

—Esto significa, gritó Pedro, que ya parecieron los bastardos anunciados por Matías; que queda explicado el parecido entre Gilberto de Guibray y Clemente Faulque; que los cabellos rubios sobre la faz morena de Bertilla son bien hereditarios; que la hija de Faulque es lógicamente parecida á las mujeres de nuestra raza, que es también la suya... Oigan ustedes... Voy á casarme con Bertilla; se acabó; no más querellas, no más rencores... Nuestra sangre es la misma... La casa de Guibray queda al fin restablecida según las profecías.

Entonces, profundamente impresionados, Gilberto y Valeria no dudaron un instante que su hijo, á fuerza de sufrir, había perdido la razón.

Pero éste colocaba ya el tomo sobre la mesa, cerca de la luz, añadiendo:

—Vean ustedes; hay lectura para rato..., quince ó veinte cartas..., pero valen la pena de ser leídas; la historia es admirable. Si no he leído al revés, si no he comprendido mal, si ustedes opinan como yo, después que se hayan enterado, soy el hombre más feliz del mundo.

El barón y la baronesa se inclinaban ya sobre el tomo abierto. En seguida vieron que dicho tomo era un escondite; entre sus hojas impresas había, ligeramente pegadas, de página en página, una serie de papeles azulados, manuscritos de letra apretada, cuya tinta había palidecido con el tiempo.

El corazón les dió un salto, pues comprendieron que algún gran misterio se les iba á revelar.

Aquel libro de los *Estados de Provincia* no era más que un tomo de los veinte de la colección; llevaba el número IV, y había sido escogido al azar para esconder sombrías confidencias. Era evidente que aquella clase de obras, alineadas en lo alto de una biblioteca, debían ser raramente consultadas, sobre todo por mujeres; y el desconocido coleccionador de aquellos documentos enigmáticos sin duda había querido evitar así que cayesen en manos de una mujer desconfiada y celosa.

De aquellas cartas intercaladas en las hojas de un libro indiferente, el orden cronológico era perfecto; una novela formidable empezaba con vulgaridades en las primeras, para convertirse en idilio en las segundas y acabar bruscamente en drama en las últimas.

Durante una hora, los barones y su hijo, agrupados sobre el tomo revelador, leyeron, comentaron y penetraron aquellos manuscritos extraños.

Por momentos se detenían, pálidos, sobre una página probante, y se miraban mutuamente con espantados ojos.

Era verdad, Pedro tenía razón; todo se explicaba; los puntos oscuros se aclaraban; y aunque databa de cien años, la aventura, por aquellas páginas revelada, rebosaba interés y hasta pasión, sobre todo para aquellos Guibray, herederos de los otros.

—Paulina Belestat, había murmurado Valeria descifrando la firma de la primera carta. ¡Oh, oh! A ésta no se la había comprendido nunca.

—Ahora se la comprende, replicó brevemente Pedro. Pero lean ustedes... Lo que yo dijese no valdría la evidencia. Y la evidencia está ahí.

Leyeron, pues, y he aquí lo que leyeron:

Primera carta. De París, 7 febrero 1785.

«Señor barón: la señora baronesa, hoy fatigada, me ordena daros noticias suyas...

«Vuestros hijos siguen bien; Juan ha crecido un poco, Luis está muy alegre. Pero ambos echan de menos Guibray y sienten vuestra ausencia.

«Aquí la vida es monótona; la señora, aunque solicitada á derecha é izquierda, apenas sale y más bien rehusa las ocasiones de fiesta.

«Se alegraría mucho de que la llamaseis á vuestro lado, y se pregunta si los trastornos que temíais en la comarca á causa de la escasez de víveres, no son un poco bien quimericos.

«Es ella la que me dicta esta frase; creedme, señor barón.

«En fin, todo el mundo está impaciente por volver á casa..., aunque la señora de Heridán se porta perfectamente, colmando de atenciones y cuidados á su hija y á sus nietos.

«La señora espera, señor barón, que os serviréis contestarle pronto; espera también que vuestra carta le anunciará el fin de un destierro que le pesa, en su grande afecto por vuestra señoría.

«Soy, señor barón, vuestra fiel servidora, siempre agradecida á vuestras grandes bondades.—Paulina Belestat.»

—La señora de Heridán, explicó Gilberto, era la madre de la baronesa Carlos de Guibray. La cosa es exacta. Paulina, como sabéis, se había criado en el castillo, donde más tarde fué dama de honor de la baronesa. Su padre era el inspector del alfolí; el último que hubo. Esta carta es curiosa. Continuemos.

Segunda carta. Fechada en mayo del mismo año. «Señor barón: soy la más desgraciada de las mujeres, y esto á causa vuestra. ¿Qué contestar al billete que me habéis deslizado?

«No, yo no soy bonita; no soy más que una pobre muchacha que os lo debe todo.

«Mi padre, á quien apreciáis, se halla á vuestras órdenes, como yo. Sin embargo, debo ocultarme de él por vez primera.

«Señor barón, tened piedad de mí; reflexionad... ¿Me amáis? No, no es posible; soy indigna de vos. Y como indigna, ni siquiera hablaré de mí.

«Pero la baronesa os ama apasionadamente; está

«Comprenderéis que no es más que capricho, fantasía de vuestra parte; y que, por la fidelidad y el honor, mi deber está en substraerme á vuestra voluntad que, en este caso, es abusiva.

«Perdonad; os lo repito de rodillas; tened piedad de mí.—P. B.»

—¡Pobre muchacha!, dijo Valeria. Ya veo lo que va á pasar. Mirad, el carácter de su letra recta y firme es señal de franqueza y energía. Pero también es puntiaguda y revela rencor. ¡Oh, oh, la vergüenza!..

La baronesa volvió la hoja.

Tercera carta, muy corta. Junio de 1785.

«A vuestros tres últimos billetes, todos semejantes, inflexibles, contesto: Iré esta noche adonde me llamáis. Vos lo habéis querido.

«Seréis causa de mi desgracia y de la vuestra quizá. Lo prometéis todo; yo no acepto nada.

«Sois el amo; yo cedo... llorando.—P.»

—Debía amarle en secreto, dijo Valeria. Se entrega pronto. No importa. Señores, vuestro antepasado no se andaba por las ramas. A ver la continuación.

Cuarta carta. También de junio.

«Carlos, soy culpable, soy una infame, soy vuestra amante.

«He hecho traición á la confianza y al afecto que vuestra esposa había puesto en mí. Tengo todas las vergüenzas..., y sin embargo, espantoso es decirlo, soy feliz. Os amo, monseñor, con toda la ternura que puede contener un corazón de mujer. Soy tres veces vuestra vasalla...

«Pero, por Dios, sed prudente.

«Anoche me mirasteis largo rato con demasiada insistencia. La baronesa siguió vuestra mirada. Me pareció que después estuvo fría y dura conmigo, contra su costumbre. Hay sospecha...

«¿Cuándo os veré? Dos líneas, sólo dos líneas, como siempre, en el sitio consabido.

«Vuestra..., infinitamente vuestra.—P.»

«Además, demasiado comprendo yo misma que se tengan celos de vos.—P.»

—Tienes razón, dijo Gilberto á Valeria. Ella le amaba... y tenía corazón.

Quinta carta. Julio de 1785.

«Carlos, alguien nos acecha, nos espía; vuestro intendente Miguel Faulque.

«Hacia tiempo que ese hombre parecía haberse fijado en mí más de lo necesario. Estaba galante conmigo; me ofrecía flores. Es viejo, es feo, le abomino. Él lo sabe, quiere vengarse y se vengará.

«Vigiladle y precaveos de él. Tengo miedo de ese hombre que hacéis mal en distinguir con vuestra estimación, y que yo tengo por perverso y capaz de todo, principalmente de todo lo malo.

«Esta mañana me echó una mirada de odio inolvidable. Quizá es su manera de amar.

(Se continuará.)



Pedro entró, pálido, trastornado, con un librote debajo del brazo

siempre inquieta y celosa de vos. En París, siempre decía: «¿Qué hará, solo, allá? Me olvida sin duda... con otras. Todas le quieren... ¡Es tan simpático..., tan seductor!»

«Recuerdo esto y mi pena aumenta. No, señor barón; aunque seáis mi amo, ó mejor dicho, porque lo sois, no os debo escuchar... Debo desobedeceros hasta por amor á vos.

«Lo repito; tened piedad; tengo diez y ocho años, la cabeza débil, el corazón poco firme... Cuando todo el mundo os busca, ¿á qué hacer caso de una servidora..., de una muchacha recogida en vuestra casa?

«¿Es para eso, señor, para lo que fuisteis tan bueno?

«Espero en vuestra justicia y en vuestra caridad.

«No iré á la cita... Tengo demasiado miedo...

«Perdonadme, olvidadme... ¿O bien es preciso que yo me vaya, abandonando todo lo que amo? No, ¿verdad?..

MEDALLAS ARGENTINAS.—MEDALLA FRANCESA DE MARRUECOS



Medalla conmemorativa del quinquagésimo aniversario de la ordenación sacerdotal de S. S. el papa Pío X. (Anverso y reverso.)

Medalla acuñada con motivo de la inauguración del primer monumento á Rivadavia en Buenos Aires. (Anverso y reverso)

Medalla acuñada en honor del ilustre prelado Dr. D. Mariano Soler, primer arzobispo de Montevideo. (Anverso y reverso.)

(Acuñadas en los talleres de Gottuzzo y C.^a, de Buenos Aires.)

En distintas ocasiones hemos reproducido medallas salidas de los talleres de los Sres. Gottuzzo y C.^a, de Buenos Aires, que acreditan la altura á que dichos señores han sabido poner una industria artística que hoy goza de gran predicamento.

Las que hoy publicamos son una nueva prueba de la perfección conseguida por los citados industriales. La primera fué dedicada por los católicos argentinos al papa Pío X con motivo de las bodas de oro del actual pontífice con la Iglesia. La segunda ha sido acuñada por encargo de la Cámara de Diputados de Buenos Aires, presidida por el Sr. D. Guillermo Martínez, para conmemorar la inauguración del primer monumento erigido en honor de Bernardino Rivadavia, del estadista ilustre que, después de haber servido á su patria con las armas en la mano y de haber contribuído á su progreso y prosperidad desempeñando distintos ministerios, fué elevado á la magistratura suprema en 1827, habiendo merecido que la historia señalase el período de su presidencia

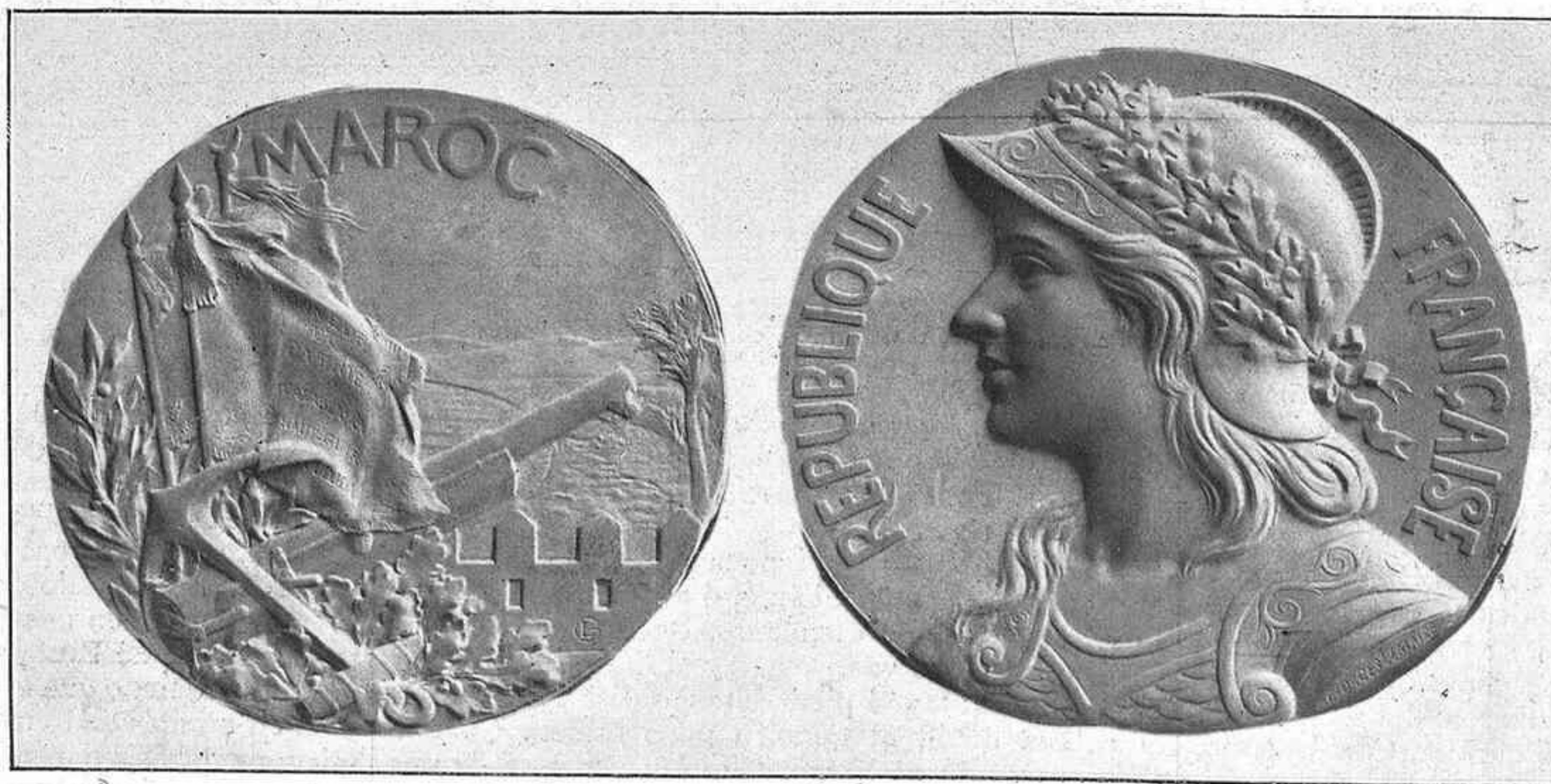
como el más notable en los anales argentinos por el alto grado de engrandecimiento á que, durante el mismo, se elevó la República. La tercera se ha hecho para honrar la memoria de un sabio y virtuoso

La ejecución de estas medallas honra á los señores Gottuzzo y C.^a, así por su modelado como por su acuñación.

La otra medalla que adjunta reproducimos es debida al grabador Jorge Lemaire, á quien el Estado francés la ha encargado para conmemorar la campaña de Marruecos. En el anverso se ve la efigie de la República con casco y corona de laurel; en el reverso hay una vista de Casablanca, un cañón, un ánora y dos banderas.

La efigie de la República es el retrato de una notable artista parisiense.

«Al perfil griego, clásico—ha dicho el propio grabador,—al que supongo no debemos estar perpetuamente condenados, he preferido el perfil de una francesa, de una parisiense, de una montmartresa. La persona que consintió en servir de modelo para el busto de la República de mi medalla de Marruecos, no es otra que la señorita Dubois, la linda tráfuga de la Opera Cómica, la creadora de *Javiera* y de *Ninón de Lenclós*.»



Medalla francesa acuñada en conmemoración de la campaña de Marruecos, obra del grabador Jorge Lemaire. (De fotografía de Harlingue.)

prelado uruguayo, el Dr. Mariano Soler, primer arzobispo de Montevideo, cuyo mejor elogio está en la inscripción puesta en el anverso de la medalla: «Fue el hombre de la Providencia para el Uruguay.»

servir de modelo para el busto de la República de mi medalla de Marruecos, no es otra que la señorita Dubois, la linda tráfuga de la Opera Cómica, la creadora de *Javiera* y de *Ninón de Lenclós*.»

BARCELONA

FIESTA NAÚTICA ORGANIZADA POR EL REAL CLUB DE REGATAS

(Fotografías de nuestro reportero fotográfico Sr. Merletti.)

El domingo, día 14 de los corrientes, celebróse en este puerto una agradable é interesante fiesta náutica en ella tomaban parte habían de



Regata de canoas de paseo patroneadas por señoritas



Jurado de honor, compuesto de distinguidas señoritas, encargado de entregar los premios á los vencedores

organizada por el Real Club de Regatas, á la que asistió numerosa y distinguida concurrencia.

Después de una misa de campaña y de la suelta de más de 900 palomas mensajeras de los palomares del Centre Colombófil Catalá y con la cooperación de la Real Sociedad Colombófila de Cataluña, efectuóse la primera regata, reservada á los niños del Asilo Naval, ganando en ella el primer premio la canoa *Condal* y el segundo la *Churruca*.

En la segunda regata de yolas de mar para debutantes, á cuatro remeros en punta y timonel, se presentaron *Cataluña II*, *Barcino* y *Cataluña I*; esta última se presentó sin opción al premio; éste, consistente en la Copa de SS. AA. los infantes D. Fernando y D.^a María Teresa y cinco medallas de plata, fué ganado por la *Cataluña II*.

La tercera regata era la que mayor interés desper-

ser patroneadas por señoritas. Corrieron cuatro embarcaciones: *Zazá*, *Mimí*, *Victoria* y *Sorpresa*; tripuladas y patroneadas respectivamente por D. Francisco Poch y D.^a María Palá, D. R. Ulacia y D.^a Dolores Calvell, D. Luis Bellver y D.^a Teresa Roue, y D. Fernando Coll y D.^a Mercedes Durán. Adjudicóse el premio, un objeto de arte y dos medallas de *vermeil*, á *Zazá*, habiéndose otorgado á los tripulantes de las otras embarcaciones medallas de *vermeil*, de plata y de bronce. Estos premios fueron entregados por un jurado de honor, que formaban las señoritas Concepción Martí, María Barnet y Dolores y Mercedes Sanz Selma.

Hubo luego un *match* de *water polo* entre los socios del Club de Natación, que resultó empatado, y una interesante justa acuática, en la que se efectuaron cuatro encuentros entre los Sres. Tarrida y Serra-

llach, Besora y Torrens y Alamo y Fernando Continuaron después las regatas, disputándose la cuarta las canoas *Churruca* y *Condal*, tripuladas respectivamente por marineros de la Comisión Oceanográfica y del cañonero *Temerario*, y resultando vencedora la primera.

Tomaron parte en la quinta regata las yolas de mar *Barcino*, *Cataluña I* y *Cataluña II*; ganó la *Barcino*, cuyos tripulantes alcanzaron el Campeonato de España, la Copa de S. M. el rey y cinco medallas de plata; á los de la *Cataluña* se les concedieron cinco medallas de plata.

Finalmente se efectuó una regata de canoas á diez remeros y timonel entre las *Chispa*, *Invencible* y *Sirena*, ganando un objeto de arte y once medallas de plata los tripulantes de la *Sirena* y once medallas de bronce la *Invencible*.

Formaban el Jurado el señor Comandante de Marina, el segundo comandante, el comandante del *Temerario*, el teniente de navío Sr. Gil de Solá, los directores de la Comisión Oceanográfica y de Sanidad Marítima, y los Sres. D. Eduardo Espiell, don Eudaldo Mas, D. Vicente Sallés, D. José de Orús, D. J. Elías Juncosa y D. Alberto Serra.

En la presidencia hallábase el gobernador civil, el presidente de la Audiencia, el delegado de Hacienda, el presidente del Club de Natación de Barcelona, el del Centre Colombófil Catalá, el del Asilo Naval y el del Real Club de Barcelona.—S.



JUEGOS DE PRENDAS

AYER, HOY Y MAÑANA

LA FE, EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD

Cuadros sociales de 1800-1850 y 1899

POR

D. ANTONIO FLORES

Edición ilustrada

Tres tomos ricamente encuadernados, á 5 pesetas uno, para los Sres. Suscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el El más activo y económico, el único inalterable.—Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA
El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagan, París, que envía gratis su curioso librito.



PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.



Viena.—Monumento erigido al notable pintor Mauricio de Schwind, obra de Othmar Schinckewitz. (De fotografía de Carlos Trampus.)

Hace pocos días se ha inaugurado en la capital de Austria el hermoso monumento que el adjunto grabado reproduce, y que ha sido erigido á la memoria del notable pintor vienés Mauricio de Schwind. Ese monumento, debido al celebrado escultor austriaco Othmar Schinckewitz, álzase delante del Museo Artístico y es una obra de alta concepción y de ejecución sobria, en el que sobresale la figura del artista, admirable por la naturalidad y la sencillez de su actitud.

Mauricio de Schwind nació en Viena en 1804 y estudió en la Academia de aquella ciudad, en la que muy pronto fué conocido por sus dibujos, inspirados en cuentos y óperas, y por sus ilustraciones de libros. En 1827 hizo un viaje á Munich, en donde se estableció al año siguiente, ejecutando numerosas pinturas para la Biblioteca Real y para el castillo de Hohenschwangau. En 1832 pasó á Roma, regresando poco después á su patria y pin-

tando durante varios años multitud de frescos para palacios públicos y particulares de Leipzig y Karlsruhe. En 1844 trasladóse á Francfort para decorar el Instituto de Stadel, y en 1847 fué nombrado profesor de la Academia de Bellas Artes de Munich. Cuando el gran duque de Sajonia quiso llevar á cabo la restauración del castillo de Wartburg, encargó á Schwind la pintura de los principales episodios de la vida de Santa Isabel y algunas escenas de la historia y de la tradición thuringias. Es imposible enumerar las obras, todas ellas importantísimas, que ejecutó hasta su muerte, acaecida en Munich en 1871; acuárelas, frescos, pinturas al óleo, dibujos, de todo produjo en abundancia, sin que la cantidad perjudicase á la calidad. Muchos de sus cuadros figuran en los principales museos de Austria y de Alemania, y en palacios ó castillos se conservan de él grandes frescos, casi todos inspirados en las leyendas en que tanto abunda la literatura germánica.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

el mas reconstituyente soberano en los casos de:
**Clorosis, Anemia profunda, Malaria,
Menstruaciones dolorosas, Calenturas.**
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

AVISO Á LAS SENORAS



EL ANIOL DE LOS RES
JORET y HOMOLLE

CURA
LOS DOLORS, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS
por la
Academia
de
MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, Paris.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR

*
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

WOLFF

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma **WLINSI**.

Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Seine.